

BOLSILLOS BALBUENA

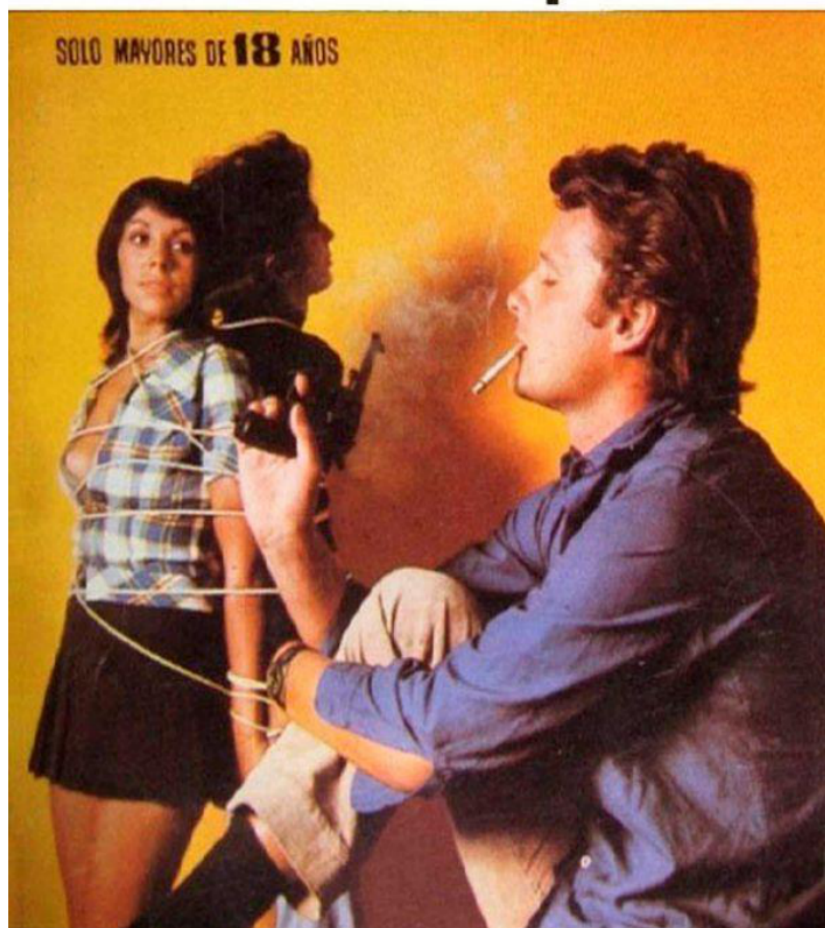
PUNTO

ROJO

¿QUIEN DIABLOS SOY YO?

Joseph Berna

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



COLECCION

PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA

¿QUIEN DIABLOS SOY YO?

Colección **PUNTO ROJO** n.º 869
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 34.521 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1978

© Joseph Berna - 1978

texto

© Three Liona - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.444. — ¡ Muerto a estribor!

En Colección **KANSAS**:

843. — La elección de «Miss Oklahoma»,

En Colección **COLORADO**:

841. — Un osado californiano.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL**:

411. — Contigo pan y revólver.

En Colección **BUFALO SERIE AZUL**:

273. — La bella y el cazador.

En Colección **PUNTO ROJO**:

861. — El sádico de Baltimore.

CAPÍTULO PRIMERO

El tipo que yacía sobre la amplia cama, movió débilmente la cabeza.

Al hacerlo, se le escapó un gemido.

De dolor, sin duda.

Tenía la cabeza vendada, y unas manchitas de sangre habían traspasado las tiras del vendaje en la parte posterior del cráneo.

El tipo despegó lentamente los párpados.

Tuvieron que pasar unos treinta segundos antes de que sus ojos vieses con la suficiente claridad.

Y lo que éstos vieron fue que se hallaba en una espaciosa habitación, modernamente amueblada, en la que se filtraba el sol a través de las delgadas cortinas que cubrían la entreabierta puerta que había a su derecha.

Debía comunicar con una terraza, pensó el herido.

El no conocía aquella habitación.

Ignoraba cómo había llegado hasta allí.

Ignoraba, también, qué le había sucedido. Se esforzó por recordarlo, pero fue inútil. Su mente estaba en blanco.

Tenía la cabeza hueca, completamente vacía, y le dolía terriblemente.

El tipo se llevó una mano a la frente.

Entonces descubrió el vendaje que sé la cubría.

Trató de incorporarse.

Un terrible agujonazo le traspasó el cerebro, y el herido no pudo reprimir un grito de dolor, al tiempo que descansaba de nuevo la cabeza en la almohada.

Permaneció casi un minuto inmóvil, los ojos cerrados, el rostro contraído.

El agudo dolor causado por el horrible pinchazo fue remitiendo paulatinamente, hasta desaparecer por completo.

El espantoso dolor de cabeza, en cambio, no remitió lo más mínimo.

El herido tenía la sensación de que su cabeza era un yunque, y alguien estaba forjando un hierro en él a martillazo limpio.

De pronto, escuchó un ruido.

Le pareció que una puerta se abría.

El tipo abrió nuevamente los ojos.

En efecto, una puerta acababa de abrirse.

La que daba a la terraza, no.

Otra que había enfrente.

—¡Richard! —exclamó la joven que había abierto la puerta.

Frisaba en los veinticuatro años de edad, y era una belleza. Uno setenta de estatura, por lo menos, frondosa cabellera rubia, un tanto revuelta, ojos grandes como faros, azules y luminosos, pómulos altos, suavemente marcados, nariz correcta, boca alargada, de labios carnosos y sensuales, pechos altos y firmes, muy desarrollados, talle estrecho, pronunciadas caderas, piernas largas y esbeltas...

Todo esto pudo apreciarlo el herido porque la chica iba en salto de cama, y llevaba la prenda abierta de par en par.

Bajo el salto de cama, un breve camisoncito de encaje negro, tan exageradamente corto, que la minúscula braguita, de encaje negro también, con sugestivos adornos, asomaba incitante por debajo, y como el tentador camisoncito era descaradamente transparente, las espléndidas formas de la rubia apenas quedaban veladas por la nocturna y atrevida prenda.

El tipo de la cabeza vendada puso una cara muy rara.

No, no fue porque la chica fuese una maravilla de mujer.

Ni porque se hubiese presentado ante él así, tan ligera de ropa.

Puso esa cara porque ella le había llamado Richard, y él no recordaba llamarse Richard.

Y lo más curioso del caso es que tampoco recordaba cuál era su nombre verdadero. La turbadora rubia entró en la habitación, cerró la puerta, y corrió hacia la cama. —¡Ya te has despertado, Richard! —dijo, rebosante de alegría.

Era lo único que le faltaba, para estar rebosante de todo.

Se sentó en la cama, cogió una de las manos del herido entre las suyas, se inclinó sobre él, y le besó cálidamente en los labios.

El tipo se dejó besar.

Claro.

¿Y quién no?

No siempre se tiene a mano una hembra así.

Para eso hay que ser miembro del jurado de un concurso de «*misses*».

Aquella rubia tenía todo lo necesario para triunfar en cualquiera de ellos.

A lo mejor había triunfado en alguno, ya.

La escultura de carne y hueso —mucho más carne que hueso— separó sus cálidos labios de los del herido y se irguió, pero sólo lo justo para poder mirarle a los ojos sin poner bizcos los suyos.

El que casi los puso bizcos fue el tipo del vendaje, pues, por el escote del camisón, se lo estaba viendo todo a la rubia.

Y había tanto que mirar...

Ella preguntó:

—¿Cómo te sientes querido...?

El herido siguió con aquella cara tan rara.

—¿Por qué me llama querido? —murmuró.

—¿Cómo dices? —Pestañeó la beldad, irguiéndose un poco más.

La situación apenas cambió.

Seguía enseñándole todo, sin encaje transparente de por medio.

El herido tuvo la sensación de que el vendaje le apretaba más la cabeza.

—Yo no sé quién es usted, no la conozco... —dijo.

Y estaba muy seguro de lo que decía.

¿Quién olvidaría a una hembra así?

El, desde luego, no.

Ahora fue la rubia la que puso una cara muy rara.

—Richard... —musitó.

—Yo no me llamo Richard.

—¡Richard! —Respingó ella, irguiéndose del todo.

Ahora sí cambió la situación.

Si el herido deseaba seguir contemplando el busto femenino, tendría que hacerlo a través del transparente encaje.

—Le repito que ése no es mi nombre, preciosa —dijo el tipo.

La rubia alargó el brazo y le tocó suavemente la frente.

—Debe ser efecto del golpe.

—¿Qué golpe?

—El que te diste al caerte por la escalera. ¿No lo recuerdas, cariño...?

—No, no recuerdo haberme caído por ninguna escalera —respondió el herido—. Pronto lo recordarás, ya lo verás —sonrió la rubia, y le besó de nuevo, con gran ternura.

El tipo la miró ahora de un modo distinto, como más natural.

—Así que me llamo Richard, ¿eh?

—Claro —asintió ella, que seguía cogiéndole la mano cariñosamente.

—¿Richard qué?

—Richard Waddell.

—¿Y cuántos años tengo?

—Veintiocho.

—¿Casado o soltero?

—¡Casadísimo! —rió la rubia.

—¿Con quién?

La chica compuso un delicioso hociquito de enfado.

—Debería arañarte las mejillas, por preguntarme eso. Pero no voy a enfadarme —sonrió de nuevo encantadoramente. Sé que es por culpa del golpe tan duro que te diste en la cabeza. Porque no creo que estés tomándome el pelo, ¿verdad?— arrugó ligeramente el entrecejo.

—¿Tomándole el pelo?

—¿Es cierto que no recuerdas nada, Richard?

—Nada de nada.

—Mira que si estás de broma...

—No, no bromeo.

—Júramelo.

—Se lo juro.

La explosiva rubia dio un hondo suspiro.

—Que recobres pronto la memoria, es menester... No es divertido que no recuerdes ni a tu propia esposa, ¿sabes?

El herido entornó un ojo.

—¿Estoy casado con usted?

—¡Richard, deja de llamarme de usted o me pondré a llorar! —advirtió la rubia, haciendo un pucherito.

El tipo del vendaje carraspeó.

—Lo siento, pero como no recuerdo nada, yo...

—¿De veras no recuerdas cómo nos conocimos, cariño?

—No.

—¿Ni cuando me declaraste tu amor?

—No.

—¿Y nuestra noche de bodas...?

—Tampoco.

—¡Ay, ahora sí que lloro! —gimió la rubia, y se cubrió la cara con las manos. El herido, al oírla sollozar, rogó—: No llore, por favor...

—¡De tú, de tú, de tú! —suplicó ella, dando una serie de rabiosas pataditas. El tipo tosió levemente.

—No llores, por favor —rogó de nuevo, cogiéndole del brazo, La rubia apartó las manos de su rostro y le miró con los ojos húmedos.

—Esta situación es muy penosa para mí, Richard.

—Lo comprendo. Tampoco para mí es fácil. Es muy duro despertarse de pronto un día y no poder recordar nada de lo sucedido en todos los anteriores, ni siquiera el nombre de uno.

La rubia sonrió débilmente.

—Sí, para ti aún debe ser peor, vida mía. Pero no temas, esto pasará pronto. El doctor Ackerman volverá dentro de un rato.

El herido frunció el ceño.

—¿El doctor Ackerman?

—Sí, él fue quien te atendió. No pudo quedarse hasta que despertaras porque tenía que visitar a otros pacientes, pero me dijo que sobre, las doce del mediodía volvería. El sabrá lo que hay que hacer para que recobres la memoria.

CAPÍTULO II

Richard Waddell —así varaos a llamar al tipo de la cabeza vendada, mientras no se demuestre que ése no es su nombre— permaneció unos instantes pensativo.

—¿Te duele la cabeza, amor? —preguntó la rubia que decía ser su mujer.

—Horriblemente —respondió Richard, componiendo una mueca.

—Te daré una pastilla.

La rubia se levantó de la cama y cogió el tubo de comprimidos que descansaba sobre la mesilla de noche, junto a un vaso que contenía agua, el cual también tomó.

Volvió a sentarse en la cama.

—Abre la boca, cielo.

Richard Waddell arrugó el ceño con desconfianza.

—¿Qué es eso?

—Una píldora. ¿Es que no lo ves?

—¿Para qué es?

—Te quitará el dolor de cabeza.

—Prefiero una aspirina.

—Esto es mucho mejor que la aspirina.

—¿Seguro?

—El doctor Ackerman me las dio, con el ruego de que te tomaras una si, al despertar, te dolía la cabeza.

Richard se tocó la frente.

—Parece que ya no me duele tanto... —dijo, para librarse de la pastilla.

—Vamos, no seas tonto, tesoro. Abre esa boquita que tantas veces ha mordido mis...

—¿Tus qué? —respondió Richard.

—Bien lo sabes tú, pícaro —sonrió maliciosamente la rubia.

—Lo sabría antes del golpe, porque lo que es ahora... —rezongó

el herido.

—Anda, abre la boca, no seas niño.

Richard Waddell no tuvo más remedio que abrirla.

Entre otras cosas, porque la rubia le había metido el dedo índice entre los dientes, obligándole a separarlos.

Tuvo que decidir entre tomarse la pastilla o morderle el dedito a su presunta esposa, y como esto último no le pareció correcto, permitió que ella le introdujera la píldora en la boca.

—Ahora, un poquito de agua —la rubia le acercó el vaso a los labios.

Richard bebió un sorbo.

Lo suficiente para engullir la pastilla.

—Buen chico. Dentro de unos minutos, habrá desaparecido por completo tu dolor de cabeza —aseguró ella, dejando de nuevo el vaso y el tubo de comprimidos sobre la mesilla de noche.

Richard la miró a los ojos.

—¿Cómo te llamas?

—¿También has olvidado eso? —Se entristeció la rubia.

—Todo, ya te lo he dicho.

Me llamo Ángela.

Bonito nombre. ¿Y tu apellido...?

—Brain.

—Ángela Brain...

—Sí. Pero, en los momentos de mayor intimidad, tú me llamas de otra manera... —sonrió la rubia.

—¿Cómo te llamo?

—«Costillita mía».

Richard Waddell no pudo contener la risa.

—¿De veras...?

—Sí —rió también ella.

—Diablos, debo ser un tipo muy ocurrente.

—Oh, sí, ya lo creo lo eres.

—Cuéntame cómo ocurrió, Ángela.

—¿El qué?

—Lo de caerme por la escalera.

—Te falló un pie y rodaste por ella. Carolina presencié tu caída, pues casualmente en ese momento se hallaba en el vestíbulo, quitando el polvo.

—¿Quién es Carolina?

—La doncella. ¿Tampoco te acuerdas de ella?

—No.

—De eso me alegro, ¿ves? —sonrió la rubia.

—¿De que no recuerde a la doncella?

—Sí.

—¿Por qué?

—Carolina es una muchacha muy atractiva, y yo soy muy celosa, Desde que la tomamos a nuestro servicio, vivo con el temor de que algún día me la pegues con ella. ¡Eso si no me la has pegado ya!

Richard tosió.

—Te aseguro que no, Ángela.

—¿Cómo puedes asegurarlo, si no recuerdas nada?

Richard Waddell la miró significativamente de cuello para abajo.

—Teniendo una mujer como tú a mi disposición, es difícil que desee a ninguna otra.

Ángela Brain se mostró muy halagada.

—Siempre me has tenido a tu disposición, Richard, Y siempre me tendrás. Te quiero con locura, y sólo deseo hacerte feliz. A pesar de lo que tu padre diga.

—¿Mi padre?...

—Sí.

—¿Qué es lo que dice mi padre? —inquirió Richard, muy interesado.

—Que me casé contigo por tu dinero.

—¿Es que tengo mucho...?

—No, pero él sí. Posee una gran fortuna. Y como será toda para ti, cuando él muera, porque no tiene más hijos que tú, pues...

—¡Hombre!, entonces tenemos el futuro asegurado —exclamó Richard, risueño.

Suponiendo que tu padre no te desherede y lo entregue todo a los pobres, claro. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Porque le contrarió mucho nuestra boda. El quería casarte con una joven rica, de elevada posición social. Ya la tenía elegida, incluso.

—¿Ah sí...?

—Sí. Elizabeth Colman, una muñequita delicada y cursi, capaz de aburrir al más paciente y comprensivo de los hombres. Por

fortuna, me conociste a mí a tiempo y rompiste tu compromiso con ella. Con enorme disgusto por parte de tu padre, claro, que hizo lo imposible por impedir nuestra unión. Pero tú te mantuviste firme y nos casarnos.

—Pobre Elizabeth... —murmuró Richard.

—¿Cómo?

—No, nada —carraspeó Richard.

—Me había parecido entender que...

—¿Cuánto tiempo llevamos casados. Ángela?

—Dos meses, catorce días, una hora y algunos minutos —respondió amorosamente la rubia.

Richard también sonrió.

—Qué bien llevas la cuenta.

—He sido tan feliz en ese tiempo... Y tú también lo has sido, Richard. Por eso, mi felicidad es doble.

—¿Cuántos hijos tenemos?

—¡Richard...! —exclamó Ángela Brain, agrandando mucho los ojos.

—¿Qué pasa?

—¡Acabo de decirte que sólo llevamos dos meses y pico casados!

—¿Y qué?

—¿Cómo que qué? ¿Acaso has olvidado también que hacen falta nueve meses para que nazca un niño...?

—¿Tanto?

—¡Huy, que empiezo a creer que todo es una broma tuya, Richard!

—Pues no lo pienses, porque no lo es. Si no recordaba ni mi propio nombre, ¿cómo iba a recordar los meses que hacen falta para que nazca un niño?

—Con tal de que recuerdes cómo se hacen...

—Tampoco.

—¡Oh, no, Richard, eso no! —gritó la rubia, llevándose las manos a las mejillas—. Pero estoy dispuesto a aprender... —Hizo saber socarronamente él, y puso su mano sobre el muslo femenino que tenía más cerca, que era el derecho—. ¡Maldito bribón! ¡Me has estado tomando la cabellera desde el principio!

—Te aseguro que no, Ángela. Mi pérdida de memoria es, desgraciadamente, un hecho real. Por eso te ruego que tengas

paciencia conmigo, hasta que la recupere. —Sigo pensando que me estás embromando; al menos, en parte. Pero no importa, en el fondo resulta divertido.

—Y aún lo será más, cuando llegue el momento —sonrió ella, maliciosa.

—¿El momento de qué?

De recordarte cómo se hacen los niños.

Ya estás tardando.

—Espera a que llegue la noche, no seas impaciente.

—¿Por qué hemos de esperar a la noche?

—Porque sí.

—¿No se pueden hacer de día?

—Lo mismo —rió Ángela.

—¿Entonces...?

—El doctor Ackerman está al llegar.

—Que espere.

—No digas tonterías.

La mano de Richard había trepado muslo arriba, y ya estaba a punto de perderse por debajo del atrevido camisón.

La rubia se la sujetó, antes de que desapareciera por completo.

—Se acabó la escalada, señor alpinista —dijo, con ironía.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada, pero puede pasar, si sigues acariciándome.

—Eso quiero yo, que pase —repuso Richard, cogiéndola del brazo y tirando de ella con fuerza.

—¡Richard! —exclamó ella, tendida ya sobre el pecho de él.

—¿Qué?

—Acabo de decirte que el doctor...

—Olvídate del doctor.

—Te duele la cabeza, cariño...

—Ya no.

—¡Richard...! —Se agitó la rubia.

—¿Sí, costillita mía?

—¡Suéltame, Richard!

—No quiero.

—¡Ay! —Ángela Brain se llevó la mano a la nalga zurda.

—¿Te has pinchado, costillita mía?

—¡Me has pellizcado!

—Me gusta pellizcarte. Y supongo que antes también me gustaría, ¿no?

—¡Sí, pero no me pellizques tan fuerte!

—Procuraré ser más delicado.

—¡Ay! —gritó de nuevo la rubia, porque el nuevo pellizco había sido más fuerte aún que el anterior.

—Anda, costillita mía, recuérdame cómo se hace un... —empezó a decir Richard, pero se interrumpió al oír unos golpes en la puerta.

—¡Llaman! —exclamó Ángela, respingando.

—Debe ser el doctor Ackerman.

—¡Seguro!

—Qué oportuno.

—¡Suéltame, Richard! ¡No debe sorprendernos así!

—¿Cómo? —respondió él.

¡El uno encima del otro, y yo medio desnuda!

—Estamos casados, ¿no?

—¡Sí, pero los matrimonios no hacen el amor delante de la gente, que eso no es un número de circo!

—¿Qué es un circo? —preguntó Richard.

—¡Luego te lo explicaré! —respondió la rubia, logrando por fin rescatar su cuerpo de los brazos de él.

Saltó de la cama rápidamente, para que Richard no pudiera atraparla de nuevo.

Se cerró el salto de cama y se lo abrochó.

Tras arreglarse un poco el desordenado cabello, acudió a abrir.

—¡Doctor Ackerman! —exclamó Ángela Brain.

—Hola, señora Waddell. ¿Cómo sigue su esposo? —preguntó el hombre que había llamado a la puerta, de mediana edad, estatura corriente, bien vestido, cabello plateado.

Usaba lentes y portaba un maletín negro, alargado.

—¡Ya ha vuelto en sí, doctor! —informó la rubia.

—Magnífico —se alegró el médico.

—Pase, doctor Ackerman —rogó Ángela, apartándose.

El médico penetró en la habitación.

—Buenos días, señor Waddell —saludó, sonriendo.

—Hola, doctor Ackerman —correspondió Richard, observando con curiosidad al médico.

—¿Cómo se siente?

—Bien. Me dolía mucho la cabeza, pero mi esposa me dio una de las pastillas que usted le dejó y ya no me duele.

—Son unas píldoras muy efectivas —dijo Ackerman, al tiempo que tomaba la muñeca del paciente.

—¿Cómo le encuentra, doctor? —inquirió Ángela.

—Tiene el pulso un poco débil, pero eso es lógico. La caída fue muy seria, y la brecha que se produjo en la cabeza, importante. Pero no hay motivo de alarma. Un par de días en cama, y una alimentación abundante, sana y nutritiva, y su esposo quedará como nuevo —aseguró el médico.

—Dile lo de mi memoria, querida —rogó Richard—. Oh, sí...

—¿Qué le ocurre a su memoria, señor Waddell? —interrogó el doctor Ackerman.

—La ha perdido, doctor —informó Ángela. El médico frunció el entrecejo—. ¿En serio...?

—Por completo, doctor —confirmó Richard, tristemente—. No puedo recordar absolutamente nada. Sé mi nombre porque me lo dijo mi esposa, pues no conseguía recordar ni eso.

—Es cierto, doctor —corroboró Ángela, preocupada—. Mi marido sufre una amnesia total. Sin duda el golpe...

El doctor Ackerman abrió su maletín y extrajo una diminuta linterna eléctrica. Después de encenderla, la acercó mucho a los ojos del paciente y se los examinó atentamente.

Tras la exploración, Richard preguntó:

—¿Ha encontrado algo, doctor?

—No, nada de particular —respondió Ackerman, guardando la pequeña linterna en el maletín.

—¿Qué podemos hacer, doctor...? —inquirió Ángela Brain, cuya preocupación parecía ir en aumento.

—En mi opinión, debemos esperar cuarenta ocho horas. Si transcurrido ese tiempo, su esposo no ha recobrado la memoria, total o parcialmente, habrá que examinarle a fondo la cabeza.

—Dios mío... —gritó la rubia.

El doctor Ackerman sonrió bondadosamente.

—No se alarme, señora Waddell. Yo me atrevería a asegurar que su marido recobrará la memoria antes de dos días. Quizá sea sólo cuestión de horas. Lo que tiene que hacer es dormir mucho, cuantas más horas mejor. El reposo absoluto y el sueño serán la mejor

medicina para él. Tenga estas píldoras —extrajo un frasquito del maletín y se lo ofreció a la esposa del paciente—. Que se tome una ahora mismo.

—¿Son para dormir? —preguntó Richard.

—Sí, señor Waddell —asintió el médico—. Puede tomar hasta tres al día. Mañana volveré para cambiarle el vendaje y ver qué tal va su memoria. Que descanse.

—Gracias, doctor Ackerman.

Ángela Brain acompañó al médico hasta la puerta.

—Hasta mañana, señora Waddell.

—Adiós, doctor.

El doctor Ackerman salió de la habitación.

Ángela volvió junto a su esposo con el frasquito de píldoras para dormir, en las manos. —Te pondrás bien, cariño, no te preocupes— dijo, los ojos brillantes, casi en lágrimas.

—Seguro —sonrió ligeramente Richard.

Ángela extrajo una píldora del frasquito y se la puso en la boca a su esposo, a quien seguidamente ofreció agua.

Richard ingirió un sorbo.

La rubia dejó las píldoras y el vaso sobre la mesilla de noche y luego se sentó en la cama. Acarició el rostro de su marido, tiernamente. —Richard...— pronunció quedamente.

El volvió a ponerle la mano sobre el muslo derecho, que había quedado tan al descubierto como el izquierdo al abrirse el salto de cama.

—Nos ha fastidiado el doctor, ¿eh?

—¿Por qué dices eso?

—Quiere que duerma mucho.

—Es bueno para ti.

—Qué sabe él lo que es bueno para mí —repuso Richard, deslizando su mano hacia el tentador camisoncito.

—Claro que lo sabe —sonrió la rubia, frenándole de nuevo la mano—. Déjame acariciarte, Ángela —rogó él.

—No te conviene excitarte.

—Si no me dará tiempo, me entrará la modorra en seguida.

—Eso es lo que te conviene, dormirte en seguida.

—Pues lucharé tenazmente por no dormirme, si no me dejas acariciarte —amenazó Richard.

—¿Chantaje, querido...?

—Llámallo como quieras. —Qué bribón eres.

—Anda, tiéndete a mi lado, y quédate pegadita a mí hasta que me duerma, que eso va a ser muy pronto... —Richard largó un bostezo.

La rubia, tras un titubeo, accedió a tenderse en la cama, junto a su esposo.

Richard le abrió totalmente el salto de cama, mientras la besaba largamente en los labios, y comenzó a acariciarla, cada vez más atrevidamente.

Tras el beso, ella le miró, con cara de extrañeza.

—¿No te entra sueño, cariño...?

—Oh, sí, ya casi estoy «roque» —aseguró él, con cara somnolienta, y largó otro bostezo, como para confirmar sus palabras.

Pero pasaban los segundos y de quedarse «roque», nada.

Tenía los ojos cerrados, sí.

Incluso daba la impresión de que estaba dormido, pues tenía la boca entreabierta y lanzaba aire por ella de forma pausada e intermitente.

Pero sus manos...

¡Ay!, sus manos.

Ellas seguían toqueteando todo lo que había que toquetear, sin que la rubia se atreviese a detenerle.

O no se atrevía... o no deseaba detenerle.

Las manos de Richard Waddell eran muy hábiles, y sabían cómo y dónde actuar. Ángela Brain se puso una mano en la boca y se la mordió, único modo de contener los gemidos de placer que ya estaban a punto de escapar de su garganta.

Sin embargo, no pudo hacer nada para contener los estremecimientos de su cuerpo, que vibraba como una cuerda de arpa recién pulsada, acusando las expertas caricias de Richard.

La rubia sentía deseos de gritar.

Y seguramente lo hubiera hecho, de no detenerse repentinamente las manos de Richard, las cuales quedaron como muertas sobre su cuerpo estremecido.

Ángela le miró.

Le pareció que dormía como un bendito.

Con sumo cuidado, como si temiera despertarle, apartó los brazos de él y se levantó silenciosamente de la cama. Le observó fijamente, mientras se cerraba el salto de cama.

Richard, ahora, ya roncaba y todo.

La rubia sonrió.

Le cubrió con la sábana hasta mitad del pecho, le dio un cariñoso beso en la mejilla, rozándosela apenas, y caminó hacia la puerta, saliendo de la habitación.

CAPÍTULO III

Un par de segundos después de que Ángela Brain abandonase la habitación, Richard Waddell interrumpió sus ronquidos y abrió los ojos.

Sí.

No estaba dormido.

Solamente había fingido estarlo.

No había tragado la píldora para dormir.

Su presunta esposa se la puso en la boca, sí, pero él la escupió silenciosamente casi en seguida, justo en el instante en que ella tomaba el vaso de agua de la mesilla de noche. La rubia no se dio cuenta del hecho, y creyó que él había ingerido la píldora.

Richard esperó unos segundos más y luego apartó la sábana y se levantó de la cama.

La herida de la cabeza volvió a causarle dolor, aunque bastante menos que la primera vez que intentó incorporarse.

Y era cierto que su terrible jaqueca había desaparecido por completo.

Gracias, sin duda, a la primera pastilla que le diera su exuberante esposa.

Exuberante, sí; pero esposa...

No, Richard no creía que aquella impresionante rubia fuese realmente su mujer.

Ni que él se llamase Richard Waddell.

Ni que tuviese un padre millonario.

Ni que aquélla fuese su casa.

Ni que se hubiese caído rodando por una escalera.

Nada de eso podía ser cierto.

El había recibido un duro golpe en la cabeza, eso sí era cierto.

Y también lo era que había perdido totalmente la memoria, que no lograba recordar su verdadero nombre, ni su profesión, ni su

casa, ni nada.

Pero él había leído muchos libros, y sabía que aunque una persona perdiese la memoria a causa de un fuerte golpe, podía, instintivamente, reconocer rostros, lugares, objetos...

Encontrarlos familiares, al menos, si los había visto antes de padecer amnesia, del mismo modo que le parecerían extraños si no los había visto nunca.

Y él no reconocía nada, nada le era familiar.

Ni la habitación donde se encontraba, ni la cautivadora rubia, ni nada de lo que ésta le había recordado.

Todo le era extraño.

Tan misteriosamente extraño, que él ya empezaba a sospechar que estaba siendo objeto de un hábil manejo por parte de alguien, aunque no lograba explicarse las razones.

Tal vez lograra entenderlo si conseguía descubrir quién era él realmente, a qué se dedicaba, dónde vivía, quiénes eran sus amigos, quiénes sus enemigos...

Sí, especialmente, esto último; sus enemigos.

Bien.

Por él no iba a quedar.

Haría lo imposible por averiguar todo eso y más.

Se acercó al tocador, descalzo, y se miró en el espejo oval del mismo.

Reconoció al instante la imagen que el espejo reflejaba, y ello confirmó lo que antes había estado pensando.

Sí.

Se puede perder la memoria por completo, pero cuando uno ve algo que ya había visto antes muchas veces, es muy difícil que le resulte extraño, desconocido.

Algo en el interior del cerebro parece despertar de pronto, iluminarle momentáneamente la razón.

Richard Waddell —le seguiremos llamando así— contempló largamente la imagen que le devolvía el espejo.

Era un tipo alto, de atlética complexión, cabello oscuro, facciones varoniles...

Súbitamente, la imagen se tornó turbia.

Richard se tambaleó.

Seguramente hubiera caído al suelo, de no apoyarse en el

tocador y sentarse en la banqueta que había delante del mismo.

Richard respiró hondo.

Repetidas veces.

Sabía que eso le ayudaría a superar el mareo.

Afortunadamente, así fue.

Su vista se fue aclarando y pronto volvió a ver su imagen nítida en el espejo del tocador.

No obstante, permaneció unos minutos más sentado en la banqueta.

Se encontraba debilitado.

¿Cuál sería la causa?

¿El golpe recibido en la cabeza?

¿La pérdida de sangre?

¿Alguna droga que le habían suministrado, cuando él se hallaba todavía inconsciente?

Si sus sospechas eran ciertas, debía tratarse de esto último.

Injectándole una droga que minase sus fuerzas, se le impedía huir de aquella casa.

Y si no lograba huir de ella, difícilmente conseguiría descubrir la verdad.

Lentamente, Richard se puso en pie.

Por el momento, no sufrió ningún nuevo mareo, aunque seguía sintiéndose débil.

Richard pensó en Ángela Brain.

Si la rubia le hubiera permitido llegar hasta el final con ella, su debilidad ahora aún sería mayor.

Sonrió, al recordar la escena que tuvo lugar antes de que apareciera el doctor Ackerman.

Había manoseado a sus anchas a la prodigiosa rubia.

Y le había soltado dos buenos pellizcos.

Seguro que al sentarse se acordaría de él.

Tampoco había estado mal la otra escena, la que tuvo lugar cuando el doctor Ackerman se marchó.

También entonces pudo acariciar larga y audazmente a la rubia.

Y ella se dejó tocar.

Pero Richard estaba seguro de que lo cosa nunca pasaría de allí, caso de que volviera a repetirse.

Ángela Brain debía tener orden de hacerle creer que era su

esposa, pero no demostrárselo hasta últimas consecuencias.

Permitir sus manoseos, sí; dejar que le hiciera el amor, no.

Una lástima...

O una suerte, teniendo en cuenta su actual condición física.

Bien, basta de pensar en la rubia y en lo que pudo o no pudo haber hecho con ella.

Había cosas más importantes que hacer.

Richard abrió el cajón del tocador.

Lo revisó todo, pero no encontró nada de particular. Cerró el cajón y fue hacia la mesilla de noche.

En el cajón de la misma encontró cosas tan interesantes como sorprendentes. Había una cartera de bolsillo, y en ella, un documento de identidad y un permiso de conducir.

Todo a nombre de Richard Waddell.

Y con la fotografía de Richard Waddell.

Y el tipo de las fotografías... ¡era él!

Richard cerró un instante los ojos y luego observó de nuevo las dos fotografías.

Sí.

No cabía la menor duda.

Era él.

Richard reflexionó.

Aquellos documentos debían ser falsos. Confeccionados expresamente para hacerle creer a él que se llamaba Richard Waddell, que tenía veintiocho años de edad, que había nacido en Boston, que era casado...

Sonrió.

Qué tipos tan astutos.

Lo habían tenido en cuenta todo.

Richard siguió revisando la cartera.

Bastante dinero.

Unos mil quinientos dólares.

Esto debía ser para hacerle creer que no andaba escaso de fondos.

También encontró la fotografía de un hombre de unos cincuenta y cinco años.

Su parecido con él saltaba a la vista, salvadas, naturalmente, las distancias de la edad. Richard dio la vuelta a la foto, intuyendo que

iba a encontrar una dedicatoria.

En efecto, la había.

Decía: «A mi hijo Richard, con todo mi cariño. Gary Waddell». Su padre.

Bueno, el suyo no; el del auténtico Richard Waddell.

Y si no era su padre, ¿cómo diablos se parecía tanto a él?

Esto, el extraordinario parecido, le hizo dudar, pero finalmente se dijo que debía tratarse de una foto falsa.

Aquéel no debía ser el verdadero padre del auténtico Richard Waddell.

Admitir que lo era, era tanto como admitir que Ángela Brain no había mentido, que ella era de verdad su esposa y que él era Richard Waddell.

Y eso él jamás lo admitiría.

Por abundantes y concluyentes que fuesen las pruebas que fuera hallando o le fueran presentadas.

Richard —no hay más remedio que seguir llamándole así— revisó el resto de las cosas que había en el cajón de la mesilla, pero no halló nada más de interés.

Rodeó la cama y revisó el cajón de la otra mesilla.

Todo lo que allí halló pertenecía a Ángela Brain.

Excepto una cosa: un certificado de matrimonio.

El que unía legalmente a Richard Waddell con Ángela Brain.

Había sido expedido en Boston.

Otra prueba más.

A Richard le pareció tan falsa como las otras.

Furioso, cerró el cajón.

Se dirigió al espacioso armario, de cuatro puertas, nada menos.

Richard las abrió todas.

El armario estaba repleto de ropa, tanto masculina como femenina, toda de excelente calidad.

Richard tuvo de pronto una idea.

Se probaría uno de aquellos trajes de hombre, una camisa, un «slip», un par de zapatos...

Si toda aquella ropa masculina pertenecía a Richard Waddell, y él no era Richard Waddell, no le sentaría bien.

Pensado y hecho.

Richard se despojó del caro pijama de seda que llevaba puesto, y

que sí parecía de su talla, pues le quedaba bien.

Quedó completamente desnudo.

«Sería divertido que en este preciso instante entrase en la habitación mi tierna y bella esposa...», pensó.

Pero la rubia no entró.

Mejor.

Richard seguía sintiéndose débil.

Cogió un «*slip*» y se lo puso.

Se miró.

Le quedaba perfecto.

Era su talla, sin lugar a dudas.

Extrañado, Richard tomó una camisa y se la enfundó.

Perfecta, también.

Cuello, pecho, mangas...

Todo le venía a la medida.

Irritado, Richard descolgó uno de los trajes y se lo puso.

Impecable.

La chaqueta le caía de maravilla.

El pantalón, de cine.

Encorajinado, Richard atrapó un par de zapatos y se los calzó.

Eran de su número, tampoco de eso había duda.

Richard se lo quitó todo furiosamente y quedó de nuevo en cueros.

—Maldita sea... —masculló, rascándose el vientre.

Se puso el pijama, en cuyo bolsillo superior, ahora se dio cuenta, había dos iniciales bordadas: «R. W.».

Le entraron ganas de arrancar el bolsillo de cuajo y pisotearlo con rabia.

No lo hizo.

¿Qué ganaría con eso?

Nada.

Además, el bolsillo no tenía la culpa.

La culpa la tenían las personas que le habían metido en aquello, y más concretamente, la que lo había urdido todo, ella sabría con qué fin.

Richard empezó a sentirse mareado de nuevo.

Regresó a la cama como pudo y se metió en ella.

Tenía que huir de aquella maldita casa, sí, pero ahora no se

hallaba en condiciones de intentarlo.

Debía recuperar las fuerzas perdidas.

Y, sobre todo, no dejar que le quitasen las que aún conservaba.

No tomaría pastillas de ninguna clase ni permitiría que le inyectasen líquido alguno.

Quería intentar la huida aquella misma noche.

¡Y por Dios que lo intentaría!

CAPÍTULO IV

Gary Waddell, pese a haber cumplido ya los cincuenta y siete años de edad, conservaba casi intacto el aspecto fuerte y vigoroso de sus años mozos.

Había perdido casi por completo, en cambio, la alegría y la ilusión por las cosas de la vida.

Su hijo Richard tenía la culpa de ello.

Bueno, en realidad, no la tenía él.

Si acaso, una pequeña parte.

El resto, casi toda, la tenía Ángela Brain, la mujer que se había casado con él. Ángela Brain...

Hermosa, Atrevida.

Astuta.

Zorra...

Una mujer sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa con tal de obtener lo que para ella era lo más precioso de este mundo: dinero.

Gary Waddell lo sabía bien.

Cuando tuvo noticias de que Richard andaba con una rubia despampanante, y que él parecía muy interesado por ella, llamó a su hijo a su despacho y le pidió explicaciones. Al saber que Richard se había enamorado locamente de la rubia despampanante, y que iba a romper su compromiso con Elizabeth Colman, para casarse con ella, se llevó el mayor disgusto de su vida, sólo comparable al que le produjo el fallecimiento de su esposa, ocurrido diez años antes.

Intentó quitarle aquella loca idea de la cabeza, recordándole las muchas y excelentes cualidades de Elizabeth Colman, una joven bella, de cuerpo maravillosamente esbelto, cariñosa y educada, simpática, dulce, agradable...

Todo fue inútil.

La rubia despampanante había sabido atrapar bien a Richard.

Lo tenía perfectamente amarrado.

Esclavo de sus encantos.

Gary Waddell, como último recurso, se puso al habla con el mejor detective privado de Boston y encargó a éste que averiguara todo sobre la rubia que había pescado a su hijo.

Pocos días después, Gary Waddell sabía que Ángela Brain era lo más parecido a una cualquiera, pues había estado liada con infinidad de hombres, todos ellos de billetera repleta.

Ella les ofrecía su excepcional cuerpo, y ellos su cartera.

Así de sencillo.

Y seguramente hubiera seguido llevando aquella clase de vida, de no conocer a Richard. Pero, desgraciadamente para él, le conoció.

Y lo engatusó.

Y lo convenció para que se casara con ella.

Y se casaron...

De nada sirvió que Gary Waddell le contara a su hijo todo lo que el eficiente detective privado había logrado averiguar sobre Ángela Brain.

Richard no lo creyó.

Dijo que era una artimaña suya para impedir su boda con Ángela.

Seguidamente, dio media vuelta y se marchó.

Gary Waddell no había vuelto a ver a su hijo desde entonces.

Pero si vio a Ángela Brain.

Una sola vez.

Hablo con ella sólo unos minutos, los necesarios para decirle que lo sabía todo sobre ella, que sabía que quería casarse con Richard porque él era el único heredero de su fortuna, pero que ninguno de los dos vería un céntimo de ella si se casaban, pues desheredaría a Richard.

Llegó, incluso, a ofrecerle dinero, mucho dinero, para que se olvidara de Richard y desapareciese de Boston.

Ángela Brain no lo aceptó, respondiendo altivamente que no se casaba con Richard por su dinero, sino porque le amaba de verdad, como jamás había amado a ningún hombre, y que se casaría con él, aunque le desheredase.

Gary Waddell sabía que la rubia mentía descaradamente, que

Richard sería desgraciado con ella, pero...

Nada pudo hacer.

Richard y Ángela contrajeron matrimonio.

El tiempo diría quién tenía razón...

Un tiempo que ahora transcurría para Gary Waddell de forma lenta y pesada, sin el menor aliciente.

De vez en cuando recibía la visita de Paul Colman, padre de Elizabeth, la exnovia de Richard, y uno de sus mejores amigos, viudo, como él.

Aquella tarde, precisamente, Paul había ido a visitarla, acompañado de su hija.

Se hallaban los tres en el salón, tomando el té.

De cuando en cuando, Gary Waddell detenía sus ojos en la estilizada figura de Elizabeth, y sentía una profunda pena.

Con ella sí que hubiese sido feliz Richard...

Y su matrimonio con Elizabeth le hubiera llenado también de felicidad a él y a Paul Colman, quien sentía un gran aprecio por Richard.

Pero la cosa ya no tenía remedio...

Contrariamente a lo esperado, Elizabeth parecía la menos afectada por la ruptura de su compromiso con Richard y la boda de éste con Ángela Brain.

O no había estado tan enamorada de Richard como Gary Waddell creía... o sabía disimular muy bien su tristeza.

Sea como fuere, Elizabeth seguía mostrándose como siempre, agradable y simpática.

Su padre, al igual que Gary Waddell, cuando sonreía lo hacía un tanto forzadamente, y no lograba hacer desaparecer el velo de tristeza que ensombrecía su mirada.

A Paul Colman también le había afectado muchísimo la inesperada ruptura de Richard con su hija.

Elizabeth, con una encantadora sonrisa en los labios, finos, perfectamente dibujados, preguntó:

—¿Cuándo se dignará visitarnos, señor Waddell? Hace tiempo que no viene por nuestra casa...

—Sí, es cierto, Gary —dijo Paul Colman—. Yo te visito bastante a menudo. A veces, como hoy, acompañado de Elizabeth. Tú, en cambio...

Waddell sonrió suavemente.

—Yo apenas salgo de casa de un tiempo a esta parte, Paul, tú lo sabes.

—Pues debería salir, señor Waddell —aconsejó Elizabeth—. Eso le serviría de distracción.

—Procuro distraerme en casa, Elizabeth.

—No es lo mismo, señor Waddell.

—Elizabeth tiene razón, Gary —opinó Paul Colman—. Debes salir, te ayudará a olvidar...

La tristeza afloró más claramente a los ojos de Gary Waddell.

—No puedo olvidar, Paul. Ni quiero olvidar. Cuando pienso la clase de mujer que ha preferido Richard como esposa, y la comparo con la que ha rechazado, siento deseos de tomar una escopeta, ir en su busca, y...

—No diga eso, por favor —suplicó Elizabeth, contagiada de la pena del hombre que pudo ser su suegro—. Usted jamás le haría daño a Richard. Le quiere demasiado.

Waddell la miró, los ojos húmedos.

—¿Y tú, Elizabeth? ¿Le querías mucho, también?

La joven bajó la mirada.

—Sí, yo también le quería.

—¿Y ahora...?

La muchacha levantó la mirada.

—El se ha casado con otra, mi deber es olvidarlo. Sólo tengo veintidós años, mi vida no puede acabar tan pronto. Y prácticamente acabaría, si no consiguiera olvidar a Richard. Lo comprende usted, ¿verdad, señor Waddell?

Gary Waddell forzó una sonrisa.

—Sí, Elizabeth, lo comprendo... Tú eres joven, y tienes derecho a ser feliz. Y lo serás, estoy seguro. Hallarás pronto un joven que...

Waddell no pudo acabar la frase.

Dos individuos, armados con sendas pistolas automáticas, provistas de tubo silenciador, acababan de irrumpir en el salón.

—¡Quieto todo el mundo! —ordenó uno de los tipos.

Los dos eran altos, corpulentos, y se cubrían el rostro con sendos pasamontañas.

Pese a la orden de uno de los fulanos, Gary Waddell se puso en pie enérgicamente.

—¿Qué significa esto?

—Es un atraco, señor Waddell —explicó el tipo que hablara antes, cuya voz recordaba bastante a un serrucho en plena acción.

—Supongo que sabrá lo que es un atraco, ¿verdad? —dijo irónicamente el otro individuo, que tenía los ojos negros y brillantes.

Waddell no respondió.

Se limitó a apretar los dientes, furioso.

También Paul Colman se mantuvo en silencio.

Elizabeth observaba, pálida y con los ojos agrandados, a la pareja de atracadores.

—Si hacen lo que les digamos, ninguno de ustedes resultará lastimado —hizo saber el tipo de la voz de serrucho.

—Ni siquiera la chica —añadió el individuo de los ojos negros, los cuales se clavaron suciamente en los senos de la muchacha, plenos y erguidos, que asomaban discretamente por el escote del bonito vestido.

—¿Qué es lo que quieren? —interrogó Gary Waddell, roncamente.

—De momento, que nos conduzca a su despacho —indicó el fulano de la voz desagradable.

—¡Hale!, vamos todos para allá —dijo el otro atracador, moviendo su pistola.

Waddell esperó a que Paul Colman y su hija se levantaran, y echaron a andar los tres hacia el despacho, seguidos de cerca por la pareja de indeseables.

Una vez en el despacho, el sujeto de los ojos negros ordenó a Paul Colman y Elizabeth que se sentasen en el sofá.

Ambos obedecieron.

—Quietecitos ahí, ¿eh, parejita? —ordenó el tipo, apuntándolos con su arma—. Si alguien se levanta sin mi permiso, le vuelo la cabeza.

Elizabeth se estremeció visiblemente.

Su padre le cogió una mano y se la oprimió.

—No temas nada, hija.

—Usted, señor Waddell —habló el individuo de la voz fea—, abra la caja fuerte.

—Hay muy poco dinero en ella —advirtió Waddell.

—Venga, que sabemos que usted tiene mucho, viejo zorro.

—En los Bancos, no en casa.

—Ábrala y lo veremos.

Gary Waddell se acercó a la pared, apartó el cuadro que disimulaba la caja fuerte, y marcó la combinación, vigilado por el tipo que tenía voz de serrucho en plena faena.

El otro seguía encañonando a Paul Colman y su hija.

Como el vestido de ésta era graciosamente corto, y el sofá muy bajo, la joven no podía impedir que sus bonitas piernas quedasen visibles hasta bastante más arriba de lo que ella hubiera deseado.

Tal circunstancia debió excitar al atracador, pues éste dio de pronto dos pasos y se sentó en el sofá, al lado de la muchacha, prácticamente pegado a ella.

Elizabeth quiso levantarse, pero el fulano le apoyó el extremo de la pistola en el costado y advirtió:

—Muévete y te caliento las tripas.

Era así de fino, el tipo.

Elizabeth se quedó clavada en el sofá.

¿Y quién no?

La palidez de la joven se acentuó.

El individuo puso la mano izquierda sobre los muslos de la aterrada muchacha, de piel suave y rosada.

Elizabeth no pudo evitar un estremecimiento.

—¡No la toque! —rugió Paul Colman, el rostro congestionado de cólera.

El atracador lo miró gélidamente.

—Si vuelve a abrir la boca, amigo, sus sesos adornarán la pared que tiene detrás —amenazó.

Y no parecía amenazar en vano.

Paul Colman, no tuvo más remedio que guardar silencio.

La mano del atracador se metió audazmente por entre los muslos de Elizabeth.

La joven sintió deseos de gritar, pero sabía que si lo hacía su padre intervendría, y el tipo lo mataría.

Por eso se contuvo.

No obstante, y como también sabía cuál era la meta del canalla, decidió ponerle las mayores dificultades posibles, y apretó los muslos con todas sus fuerzas.

Al tipo no le gustó aquello.

—¿Quieres que apriete el gatillo, nena? —masculló.

—No... —musitó Elizabeth.

—Entonces, no me lo pongas difícil. Y ya sabes a qué me refiero.

Pese a la seria amenaza del atracador, la joven no modificó su actitud.

El tipo, enfurecido, recurrió a la violencia.

Tiró a la muchacha al suelo y saltó sobre ella.

Elizabeth comenzó a chillar, horrorizada, mientras luchaba desesperadamente con el miserable.

Paul Colman quiso intervenir, pero el atracador le apuntó al pecho con su arma.

—¡Quieto!

La cobarde acción del tipo de los ojos negros había distraído a su compañero, circunstancia que aprovechó Gary Waddell para empuñar el revólver del 38 que guardaba en la caja fuerte, abierta ya.

Waddell se volvió con rapidez, decidido a utilizar el arma contra los atracadores.

Desgraciadamente, el tipo de la voz de serrucho le descubrió por el rabillo del ojo y disparó antes que él, por dos veces.

Gary Waddell lanzó un grito y se vino abajo, con dos manchas de sangre en el pecho.

El atracador se volvió furiosamente hacia su compañero.

—¡Maldito estúpido...! ¡Por tu culpa me he visto obligado a matarle! ¿Acaso no disfrutas de una mujer, siempre que lo deseas? ¿Por qué has tenido que meterle mano a ésta?

El individuo de los ojos negros soltó a Elizabeth y se irguió rápidamente.

—Lo siento. Yo... —Trató de disculparse.

¡Coge todo el dinero que haya en la caja, rápido!

El tipo que pretendiera abusar de Elizabeth corrió hacia la caja fuerte y tomó el dinero, no mucho, que había en ella.

El otro sujeto arrancó violentamente el cable del teléfono y advirtió a Paul Colman y su hija:

—No salgan de este despacho antes de media hora, ¿entendido? Si lo hacen, lo más probable es que sigan la misma suerte que Gary Waddell.

Los atracadores salieron rápidamente del despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Paul Colman, que se había arrodillado junto a su hija, a la cual abrazaba estrechamente, preguntó:

—¿Estás bien, Elizabeth...?

—Sí... —sollozo la joven—. Pero, el señor Waddell...

—El otro canalla le disparó dos veces, y mucho me temo que...

—¡No, Dios mío! —Se estremeció la muchacha.

—Voy a ver, Elizabeth.

Paul Colman se irguió y se acercó a Gary Waddell.

Éste yacía de bruces en el suelo, sobre un charco de sangre, que se iba agrandando por momentos.

Colman se agachó y le puso los dedos en el cuello, sobre la arteria carótida.

Ya no latía.

Gary Waddell estaba muerto.

Alguna de las balas debía haberle atravesado el corazón.

CAPÍTULO V

Richard Waddell llevaba ya más de dos horas acostado en la cama, cuando la puerta de la habitación comenzó a abrirse silenciosamente.

Richard cerró los ojos y fingió hallarse profundamente dormido.

Para darle mayor veracidad a la cosa, empezó a soltar ronquidos.

La puerta se abrió del todo y alguien penetró en la habitación.

Sigilosamente.

Richard despegó ligeramente los párpados del ojo izquierdo — estaba echado sobre su costado derecho—, pero no alcanzó a ver a la persona que acaba de entrar en la habitación.

Esperó.

No tardaría en descubrirla.

En cuanto se acercase a la cama, sabría de quién se trataba.

A menos que se acercase a ella por el otro lado, claro.

Esta posibilidad intranquilizó a Richard.

Temía que le inyectasen algo sin que él pudiera darse cuenta a tiempo.

Decidido a eliminar aquella posibilidad, cambió de posición en la cama, quedando boca arriba.

No abrió los ojos en ningún momento, aunque sí interrumpió los ronquidos, los cuales reanudó en seguida, para dar a entender que seguía dormido. Y bien dormido.

Despegó nuevamente los párpados pero sólo un par de milímetros.

Lo justo para descubrir a la persona que tan cautelosamente se había colado en la habitación.

Y la descubrió.

Era Ángela Brain.

Su apetecible y falsa esposa.

Seguía con el salto de cama, aunque ahora lo llevaba bien cerrado y no enseñaba nada.

Qué lástima.

La tentadora rubia, que se había quedado muy quieta al ver moverse a Richard, se acercó a él segundos después de que éste reanudase sus ronquidos.

Richard se fijó en las manos de Ángela.

Esperaba descubrir una aguja hipodérmica con su correspondiente jeringa, llena de algún líquido raro.

No fue así.

La rubia no llevaba nada en las manos.

Ella se detuvo junto a la cama y le contempló.

Daba la impresión de que sólo quería asegurarse de que él seguía dormido.

De pronto, Ángela Brain se inclinó y le besó en los labios, tan dulce y suavemente, que Richard apenas sintió los jugosos labios de la rubia.

Ella se irguió, le contempló un par de minutos más, y luego dio media vuelta y abandonó la habitación, tan silenciosamente como había entrado.

Richard quedó absolutamente desconcertado.

Aquel comportamiento de la rubia era de lo más extraño.

Así se comportaría una esposa de verdad.

¿Y no lo sería, realmente...?

Richard, muy a su pesar, comenzó a dudar.

Y esto le irritó.

No quería tener dudas.

Debía estar absolutamente seguro de que todo era una farsa, montada con un objetivo innoble, si quería tener alguna posibilidad de descubrir al autor del astuto plan y sus intenciones.

Dándole vueltas al asunto, transcurrieron unas tres horas más.

Richard se disponía a levantarse de la cama, para ver qué tal andaba de fuerzas, cuando la puerta se abrió de nuevo, tan sigilosamente como antes.

Se vio obligado a aplazar la prueba.

Volvió a fingirse dormido, aunque no tan profundamente como antes.

Esta vez, de ronquidos, nada.

La puerta se abrió totalmente y Ángela Brain penetró de nuevo en la habitación.

Sí.

Era la rubia otra vez.

Y, como antes, no llevaba nada en las manos.

También, como entonces, se aproximó silenciosamente a la cama y contempló de cerca a Richard.

Hubo beso también esta vez.

Tierno y delicado, como la anterior.

Richard simuló despertarse con la suave caricia.

Abrió los ojos y miró a la rubia.

—Ángela...

Ella se sentó en la cama y le cogió las manos.

¿Sería para que él no pudiera utilizarlas...?

—¿Cómo te sientes, corazón? —le preguntó sonriéndole amorosamente.

—Perfectamente —respondió Richard, devolviéndole la sonrisa.

—Has dormido casi seis horas seguidas.

—Habrás sido la píldora.

—Claro que ha sido la píldora.

—No habrás venido a darme otra, ¿verdad?

—Antes de tomarte otra píldora, tienes que comer.

—¿Comer? —Respingó Richard.

—Debes tener hambre, ¿no?

—Sí.

Richard tenía hambre.

Y no poca.

Pero no se fiaba de la comida que pudiera traerle Ángela.

En ella podía estar la droga que le provocaba amnesia total y debilidad.

Ésa fue la razón de que Richard respingara al decirle la rubia que tenía que comer algo, antes de tomar la segunda píldora para dormir.

—¿No sientes apetito, cariño...?

Richard hizo una mueca.

—No mucho, la verdad.

—Pues tienes que comer, cielo. Eso es tan importante para ti como el reposar y el dormir, ya oíste al doctor Ackerman.

El doctor Ackerman...

Otro buen pájaro, también.

A lo mejor ni siquiera era doctor.

Ángela Brain anunció:

—Carolina te ha preparado unas cosas riquísimas.

—¿Es buena cocinera? —preguntó Richard.

—Estupenda.

—Ángela...

—¿Sí, querido?

—¿Por qué me sujetas las manos?

—No te las sujeto; te las cojo —corrió ella.

—¿Y no es lo mismo?

—No, hay una gran diferencia.

—Yo no la veo. Siento deseos de acariciarte, y no puedo hacerlo.

—Ya me acariciaste bastante, antes —recordó Ángela—. Si me quedé «roque» en seguida...

—Tú, puede, pero tus manos tardaron en dormirse.

—¿De veras?

—Despertaron en mí tal excitación, que estuve a punto de espabilarte a cachetes y suplicarte que me hicieras el amor.

—¿Cómo se hace eso?

—No empecemos, Richard.

—De veras que no me acuerdo.

—Pero sí te acuerdas de cómo se acaricia a una mujer. —Debe ser algo instintivo—. Pues más instintivo es aún lo otro.

—¿Quieres qué probemos, a ver si acierto?

—Lo que quiero es que comas. De lo «otro», ya hablaremos cuando estés bien.

—Pero si ya te he dicho que me siento perfectamente...

—Te sientes mejor, querido, pero no estás bien. El doctor dijo que tienes el pulso débil.

—Seguro que ya lo tengo normal.

—No lo tendrás normal hasta que no te hayas alimentado debidamente y reposado unas horas más.

Richard compuso una mueca de disgusto.

—Me engañaste, Ángela.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿En qué?

—Dijiste que siempre te tendría a mi disposición, y no es cierto.

—¿Cómo que no es cierto?

—Deseo estrecharte entre mis brazos, tenerte mucho rato así, tu pecho contra el mío, y no me dejas.

—No te dejo porque estás débil.

—Estoy cuernos.

—Tú sabes que es cierto.

—¿Que estoy cuernos?

—Que estás débil.

—Me siento tan fuerte que sería capaz de ponerme a descargar un camión de sacos de cemento.

Ángela Brain rió.

—Qué cosas tienes, querido.

—Tú, tú sí que tienes cosas, y no me dejas tocar ninguna — rezongó Richard, comiéndosela con los ojos.

La rubia volvió a reír.

—Te has despertado de lo más gracioso, cariño. —Si lo sé no me despierto. Para esto...

—Calla, tonto. Tú sabes que yo anhele tus besos y tus caricias, y en cuanto estés en condiciones, te lo voy a demostrar una vez más —prometió Ángela, y se levantó.

—¿Adónde vas?

—A decirle a Carolina que te traiga esas cosas tan apetitosas que ha preparado para ti. —Eso, que venga Carolina. A lo mejor ella es más complaciente conmigo.

—¡Richard!

—¿Qué?

—¡Te prohíbo que digas eso!

Richard sonrió.

—No te enfades, que sólo era una broma.

—Pues me ha sentado muy mal. Ya sabes que no me fío demasiado de Carolina, en ese aspecto.

—¿Y de mí...?

—Menos que de ella.

—Ahora voy y me enfado yo.

Ángela sonrió.

—Que yo también bromeaba, tonto.

—¿Ah, si...?

—¡Claro!

—Qué astuta eres.

—Y tú qué guapo.

—Calla, si con este espantoso vendaje debo parecer un musulmán.

—Eso quisieran los musulmanes.

—Gracias por el piropo, costillita mía.

—De nada.

La rubia salió de la habitación, riendo.

Richard saltó de la cama rápidamente y caminó por la estancia.

Se sentía un poco débil todavía, pero mucho menos que antes.

Y, de mareos, nada.

Regresó a la cama, contento.

Dos o tres horas más de descanso, y estaría en condiciones de intentar la huida de aquella casa.

Pero tenía que superar el problema que para él suponía la comida que dentro de un momento le traería la tal Carolina.

¿Tendría o no tendría alguna droga?

¿Cómo averiguarlo?

Pensó en ello mientras aguardaba la llegada de Carolina.

Y Carolina no tardó en llegar.

«Es una muchacha muy atractiva», había dicho Ángela Brain.

No había exagerado.

Apenas veinte años de edad.

Cabello largo y rojizo.

Ojos verdes, de mirada picara.

Naricilla simpática.

Labios gordezuelos, húmedos y del color del melocotón, que incitaban a mordisquearlos.

Pechos túrgidos, agresivos y provocadores, que incitaban a eso y a más.

Espléndidas caderas.

Piernas maravillosas, dignas de aparecer en televisión, anunciando medias, *«panties»*, ropa interior, camisones cortos...

Un cuerpo sin desperdicio, en suma.

Y Richard desperdiciaría muy poco, si le dejaran.

Pero sería muy difícil que le dejarasen.

La encantadora Carolina no había venido sola.

Ángela Brain había venido con ella.

Se acercaron las dos a la cama.

—Ésta es Carolina, Richard —dijo la rubia—. ¿Sigues sin acordarte de ella...?

—No, lo siento —respondió Richard, sin dejar de observar a la uniformada doncella.

Ángela exhaló un suspiro.

—¿No es una pena, Carolina?

—Muy grande, señora —asintió nostálgicamente la doncella.

—No puede recordar nada.

—Espero que se cure pronto, señor —deseó la joven, con una sonrisa.

—Gracias, Carolina —respondió Richard.

—Te ayudaré a incorporarte, querido —dijo Ángela—. Apóyate en mí.

Richard le pasó un brazo por el cuello y se irguió, quedando sentado en la cama.

—Carolina, pon la mesita sobre las rodillas del señor —indicó la rubia.

La doncella lo hizo, con sumo cuidado.

Richard se fijó por primera vez en las cosas que descansaban sobre la mesita.

—Diablos, qué buena cara tiene todo esto... —comentó.

—¿No te dije que Carolina te había preparado unas cosas riquísimas? —sonrió Ángela.

—Espero que le gusten, señor —dijo la doncella.

Richard volvió a mirarla como un hombre mira a una mujer.

—Estoy seguro de que todo estará sabrosísimo, Carolina.

Ángela Brain, dándose cuenta de que Richard se estaba refiriendo a otro tipo de «manjares», indicó.

—Puedes retirarte, Carolina. Ya te llamaré cuando el señor haya acabado.

—Muy bien, señora.

—Si quiere quedarse, a mí no me molesta... —dijo Richard.

La rubia le dirigió una severa mirada.

—Carolina tiene cosas que hacer, querido.

—Sí claro —carraspeó Richard.

La doncella giró graciosamente sobre sus talones y caminó hacia la puerta, con sugestivo movimiento de caderas.

Richard no apartó los ojos de la señalada grupa de la muchacha hasta que ella desapareció.

—¡Richard! —gritó Ángela.

Richard dio un cómico respingo.

—¿Qué ocurre, se quema algo?

—Al contrario, se enfría.

—¿Qué se enfría?

—La comida.

Richard prestó nuevamente atención a los alimentos.

—Hay tantas cosas, que no sé por donde empezar...

—Por lo que más te apetezca. Aunque sospecho que lo que más te apetece en estos momentos, ya no está aquí —dijo la rubia, irónica.

Richard tosió.

—No sé a qué te refieres, querida.

—Claro que lo sabes. A Carolina.

—Ella no es comestible...

—Pues tú la estabas devorando con los ojos.

Richard tosió de nuevo.

—Figuraciones tuyas, cariño.

—Sí, sí, figuraciones... —rezongó Ángela—. Si las miradas desgarrasen la ropa, Carolina hubiese salido de aquí completamente desnuda.

—Es un buen chiste, tiene gracia —rió nerviosamente Richard.

—No es un chiste, y no tiene ninguna gracia —gruñó la rubia.

—Ángela, por favor... ¿Es que quieres amargarme la comida?

—No, eso no.

—Entonces, olvidémonos de Carolina y comencemos a mover la mandíbula.

—Eres tú quien debe moverla, todo esto es para ti.

—A mí no me gusta comer solo, Ángela, tú debes saberlo. Nos lo comeremos entre los dos.

—Pero, si yo no...

—No pienso probar nada si antes no lo has probado tú, ya lo sabes.

—Actúas como un niño, Richard.

—Como un hombre, me gustaría actuar, pero tú no me dejas...
—repuso Richard, mirándola con deseo.

Esto pareció acabar con el leve enfado de la rubia, pues, sonriendo, accedió:

—De acuerdo, nos lo comeremos entre los dos.

—Bravo.

Richard esperó a que Ángela probara una de las cosas y en seguida empezó a comer de aquello, con absoluta tranquilidad, pues si la rubia lo comía, era que aquel alimento no contenía nada malo.

Lo mismo hizo con lo demás.

Y engullía los alimentos con tal voracidad, que Ángela le recordó:

—¿No decías que tenías poco apetito, Richard...?

—Sí, pero comiendo, comiendo... Además, está tan bueno todo, que me temo que no voy a dejar ni la mesita.

La rubia rió.

—Tendré que alejarme de ti, no sea que... —bromeó. Richard iba a responder con una galantería, cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —Autorizó Ángela.

La puerta se abrió y la deliciosa Carolina entró en la habitación.

—Abajo, hay una joven, señora —informó la doncella. La rubia puso cara de extrañeza.

—¿Una joven?

—Sí, señora.

—¿Y qué es lo que desea?

—Ver al señor, señora.

—¿A mí...? —Parpadeó Richard, y miró a la rubia—. ¿Dijo su nombre? —preguntó Ángela.

—Sí, señora. Se llama Elizabeth Colman.

CAPÍTULO VI

Richard Waddell vio que Ángela Brain respingaba con fuerza.

—¿Elizabeth Colman...? —exclamó la rubia.

—Eso dijo, señora —asintió la atractiva Carolina, que parecía esforzarse por disimular su nerviosismo, sin conseguirlo.

Ángela miro a Richard.

—¡Elizabeth Colman!

—Sí, ya lo he oído —carraspeó Richard.

—¡La joven con quién quería casarte tu padre!

—Sí.

—¡Tu exnovia!

—Sí.

—¿Qué diablos querrá?

—No tengo ni idea.

Ángela quedó silenciosa unos instantes.

Miró a la doncella.

Ésta preguntó:

—¿Qué le digo, señora?

—Que suba, naturalmente —respondió Richard.

La rubia volvió a respingar.

—¿Qué suba...? —gritó, casi.

—Claro.

—¿Aquí...?

—Sí.

—¡Es nuestro dormitorio, Richard!

—¿Y qué?

—¡No me parece correcto que recibas en nuestro dormitorio a tu exnovia!

—¿Por qué?

—¡Porque no! En esta cama dormimos tú y yo, entre otras cosas, y teniendo en cuenta que ella estaba predestinada a dormir

contigo...

—Eso me parece una tontería, Ángela.

—Pues a mí no.

—No querrás que me levante, débil como estoy, y la reciba en otro lugar, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

—¿Entonces...?

—¡Que vuelva otro día!

—A lo mejor no vuelve...

—¡Mejor!

Richard sonrió.

—¿No sientes curiosidad por saber lo que quiere de mí...?

—¡Ninguna!

—Pues yo, sí. Debe ser algo muy importante, cuando ella se ha decidido a venir a nuestra casa, después de lo que pasó.

La rubia no dijo nada.

Richard miró a la doncella.

—Que suba, Carolina —indicó.

La bella pelirroja miró a Ángela Brain, como rogándole que confirmara o anulara la orden de su esposo.

La rubia gruñó:

—Ya lo has oído, Carolina. Haz subir a esa mosquita muerta.

—Sí, señora.

La doncella salió de la habitación.

Richard sonrió y dijo:

—Si está muerta, no necesito la pala...

—¿Pala?... ¿Qué pala? —preguntó Ángela, sin comprender.

—La pala matamoscas.

—¡Oh!, era un chiste.

—¡Y bueno! —rió Richard—. ¿O no?

No, no debía ser muy bueno, porque la rubia no rió.

—Parece que te alegra la visita de tu exnovia, ¿no?

—Ni me alegra, ni me disgusta —respondió Richard, encogiéndose de hombros.

Pero no era cierto.

Le alegraba la visita de Elizabeth Colman.

Muchísimo.

En un principio, no, pues pensó que se trataba de otra actriz que

se disponía a intervenir en la comedia, interpretando el papel que en ella le había sido asignado por el cerebro gris que lo había planeado todo.

Pero el sospechoso interés de Ángela para que él no la recibiera, sumado al mal disimulado nerviosismo de Carolina, le habían hecho cambiar de idea.

Aquella joven que esperaba abajo podía ser la auténtica Elizabeth Colman, la exnovia del verdadero Richard Waddell.

Y, si era así, ella se daría cuenta inmediatamente de que él no era Richard Waddell.

Sí.

Gracias a ella podía descubrirse todo el tinglado.

De cualquier forma, Richard no dejaba de pensar que tanto Ángela como Carolina podían estar fingiendo su preocupación y su nerviosismo por la inesperada llegada de Elizabeth Colman.

Eran dos buenas actrices.

Especialmente, la primera.

Tampoco el doctor Ackerman había representado mal su papel.

Sí.

Richard volvía a pensar que la joven que dentro de poco aparecería por la puerta, podía ser un eslabón más de aquella cadena de mentiras y engaños.

Y su temor porque así fuera se acentuó al decirse que, si se trataba de la verdadera Elizabeth Colman, Ángela jamás hubiera accedido a dejar que él la recibiera, ni en el dormitorio ni en ningún otro sitio, por razones obvias.

Maldita sea...

Y él que había llegado a creer por un momento que se trataba de la auténtica Elizabeth Colman, y que ella se lo aclararía todo...

Ahora ya estaba casi seguro de que no le aclararía nada.

No podía ser la verdadera Elizabeth Colman.

Esperó, procurando disimular su mal humor.

Segundos después, Carolina estaba de vuelta, acompañada de una joven morena, extraordinariamente bella y esbelta, que vestía con exquisita elegancia.

La doncella se retiró.

Richard escrutó casi con descaro a la hermosa joven de cabello oscuro.

Tenía mal color de cara.

Era lo único que tenía malo, porque de todo lo demás estaba muy bien.

Las esperanzas de que aquella joven fuese la verdadera Elizabeth Colman renacieron en Richard, pues saltaba a la vista que la chica tenía la distinción y la clase que se adquiere al criarse en el seno de una familia rica y de elevada posición social.

Claro que, una actriz, si tenía la suficiente categoría, es capaz de adoptar cualquier personalidad...

Richard decidió esperar, a ver cómo respiraba la joven.

Ángela Brain también observaba atentamente a la muchacha morena, con una cierta envidia, circunstancia que no pasó inadvertida para Richard.

Éste, en vista de que la joven no decía esta boca es mía, saludó:

—Hola, Elizabeth...

Ella, que se había quedado muy cerca de la puerta, preguntó:

—¿Qué tienes en la cabeza, Richard...?

Richard tuvo la impresión de que se le caía el techo encima.

La chica le llamaba Richard...

También ella formaba parte de la pandilla.

Le dolió.

Le dolió mucho.

Y no sólo porque con ello se esfumaban totalmente sus esperanzas de que la joven morena le aclarase la situación, sino porque su presencia le había producido una agradable y extraña sensación.

Como Richard no respondía a la pregunta de la para éste falsa Elizabeth Colman, lo hizo Ángela:

—Se cayó por la escalera esta mañana, y se abrió una profunda brecha.

—Sí, me caí —corroboró él, sin poder ocultar su desilusión.

—Oh, cuánto lo siento, Richard...

—Acércate, no te quedes ahí —rogó Richard, más por cortesía que por otra cosa.

La joven morena se aproximó a la cama.

—¿Quieres sentarte, Elizabeth? —invitó Richard.

—Gracias, estoy bien de pie.

—¿Conocías a mi esposa?

La joven miró a la rubia, seria, pero sin ningún rencor en la mirada, lo cual hubiera estado más que justificado.

—No, no nos habíamos visto nunca —respondió.

—Es cierto, ésta es la primera vez que nos encontramos frente a frente —corroboró Ángela, el ceño fruncido.

Richard carraspeó.

—La doncella dijo que querías verme, Elizabeth.

—Sí, tengo que hablar contigo, Richard —asintió ella.

—Bien, tú dirás.

—Se trata de tu padre, Richard...

—¿Qué le ocurre a mi padre?

—Ha... ha muerto, Richard.

Richard se creyó en la obligación de respingar y respingó.

—¿Qué...? —exclamó, poniendo la misma cara que hubiera puesto el auténtico Richard Waddell.

—Esta misma tarde —informó la joven, quien, seguidamente, refirió lo sucedido, sin omitir detalle.

Incluso contó que uno de los atracadores intentó abusar de ella.

Cuando concluyó el relato, sus preciosos ojos pardos estaban empañados de lágrimas, Richard se mantuvo callado un buen rato.

Estaba desconcertado.

Terriblemente desconcertado.

Miró a la joven morena.

Ella era la imagen viva de la pena más honda y del dolor más profundo, Ni la mejor actriz del mundo sería capaz de una interpretación como aquélla.

Aquella joven tenía forzosamente que ser la verdadera Elizabeth Colman.

No estaba representando ningún papel.

Sentía la pena que denotaba su bellissimo rostro, sufría el dolor que igualmente se reflejaba en él.

Sí.

Ya no tenía la menor duda al respecto.

Ella era Elizabeth Colman, la exnovia de Richard Waddell.

¿Y quién era él?

Si razonaba con lógica, no tenía más remedio que llegar a la conclusión de que él era quien, desde que despertara aquella mañana, con terrible dolor de cabeza, había rechazado ser: Richard

Waddell.

De las otras pruebas podía dudar, pero de ésta, no.

Era demasiado clara y contundente como para rechazarla.

Si Elizabeth Colman le llamaba Richard, era porque él era Richard Waddell.

La joven no podía confundirse.

Por mucho que él se pareciese a Richard Waddell, si no lo fuese realmente, Elizabeth Colman se hubiese dado cuenta.

Y no había sido así.

Para ella, él era Richard Waddell, su exnovio, el tipo que la había dejado plantada para casarse con otra.

Richard se rindió a las evidencias.

El era Richard Waddell.

Y estaba casado con Ángela Brain, Y vivía en aquella casa.

Y aquella mañana se había caído rodando por la escalera.

Y tenía un padre millonario...

Al llegar a este punto, Richard sintió como una punzada en el pecho.

No, ya no tenía un padre millonario.

Había muerto.

Asesinado.

Uno de los atracadores le había alojado dos balas en el pecho...

CAPÍTULO VII

Richard Waddell miró a su esposa.

—Ángela, llama a Carolina y que se lleve esto —tocó la mesita de la comida.

—Aún... aún nos has terminado de comer, Richard... —observó ella.

—Se me ha ido por completo el apetito. Además, tengo que salir. La rubia respingó.

—¿Salir...?

—Sí, ahora mismo.

—¡No puedes abandonar la cama, Richard! El doctor dijo que...

—Al diablo con el doctor. Mi padre acaba de ser asesinado, Ángela. ¿Es que no lo has oído?

—Sí, pero...

—Tengo que verle.

—Comprendo lo que sientes, cariño, pero tú también debes comprender que no estás en condiciones de salir de casa.

—Me encuentro bien, de veras.

—Es una locura, Richard... Dígaselo usted, Elizabeth —rogó la rubia, mirando a la exnovia de su marido.

—Es él quien debe decidir —respondió Elizabeth Colman.

Ángela Brain apretó los dientes.

—Si supiera usted lo que le pasa a Richard, no diría eso.

—Sé lo que le pasa, usted me lo dijo. Se cayó por la escalera y se abrió una brecha en la cabeza.

—Sí, pero le falta saber lo más importante. El golpe que se dio le ha privado por completo de la memoria.

—¿Qué? —Pestañeó Elizabeth.

—Sufre una amnesia total. Cuando despertó, no recordaba quién era ni dónde estaba. Si ahora lo sabe, es porque yo se lo he dicho.

—Richard... —musitó la joven morena.

—Es cierto, Elizabeth —confirmó Richard—. Pero eso no quita para que yo...

—El doctor le ordenó, que no abandonase la cama en dos días, que durmiese mucho y que se alimentase bien —informó Ángela, interrumpiendo a su esposo—. ¿Comprende ahora por qué yo no quiero que...?

—Debes hacer caso a tu esposa, Richard —aconsejó Elizabeth, visiblemente preocupada.

—Repito que me encuentro bien. Y voy a levantarme. Espérame abajo, Elizabeth —rogó Richard—. Tú me acompañarás a casa. Yo no recuerdo dónde está.

Ángela Brain, molesta, intervino:

—No la necesitas a ella para nada, Richard. Yo puedo acompañarte.

—No, me acompañará Elizabeth. Tú te quedarás aquí.

—¿Por qué he de quedarme aquí?

—Teniendo en cuenta que nuestro matrimonio no contó con la aprobación de mi padre, me parece lo más correcto.

—¡Pero soy tu esposa, Richard!

—Sí, eres mi esposa. Pero no la esposa que mi padre deseaba para mí. —Richard miró a Elizabeth Colman.

—¿Y qué? ¡El está muerto, ya no puede molestarle mi presencia!

—No discutamos, Ángela, por favor. Iré con Elizabeth. Y volveré lo antes que pueda, no te preocupes.

La rubia pareció que iba a insistir, pero no lo hizo.

Caminó altivamente hacia la puerta, y salió de la habitación.

Richard y Elizabeth se miraron.

—No te importa acompañarme a casa, ¿verdad? —preguntó él.

—No, claro que no —respondió ella—. Lo que me preocupa es tu estado...

Richard sonrió.

—Estoy mucho mejor de lo que Ángela y el doctor piensan, te lo aseguro.

Guardaron silencio los dos.

Un silencio ciertamente embarazoso para ambos.

Ángela regresó, acompañada de Carolina.

La doncella retiró la mesita de la comida y desapareció con ella.

Ángela indicó:

—Acompáñame, Elizabeth.

—En unos minutos estaré listo, Elizabeth —dijo Richard.

—Te espero abajo —repuso ella, y salió de la habitación, junto con la rubia.

Richard saltó de la cama y fue hacia el armario.

Se vistió rápidamente.

Para disimular el vendaje que le rodeaba la cabeza, se colocó un sombrero.

Antes de salir de la habitación, abrió el cajón de su mesilla de noche y cogió su cartera y su permiso de conducir, los cuales se guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

También cogió el reloj que descansaba sobre la mesilla.

De oro, nada menos.

Se lo puso en la muñeca izquierda.

Al salir de la habitación, vio una escalera a la derecha.

Richard fue hacia ella y descendió los peldaños.

Lo hizo con cuidado.

No quería caerse por ella otra vez.

Abajo se encontró con Elizabeth.

La joven aguardaba sola en el vestíbulo.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó Richard.

—Desapareció por ahí —indicó ella, señalando una puerta.

—Bien, podemos irnos —dijo Richard, tomando familiarmente del brazo a la joven.

—¿No vas a despedirte de ella...?

—No es necesario.

—A ver si se enfada.

—Ya está enfadada.

Salieron los dos de la casa.

Una casa grande y hermosa, que daba la impresión de hallarse en el campo, a algunos kilómetros de la ciudad.

Frente a ella, había un magnífico «Ferrari» azul.

—¿Es tuyo, Elizabeth...? —preguntó Richard, mirando el reluciente automóvil deportivo.

—Sí —asintió la muchacha.

—Qué maravilla...

—Tu coche tampoco es ninguna tontería, Richard.

—¿Ah, sí...? ¿Qué coche tengo yo?

—Un «Maserati» rojo.

—¿Y dónde está? —Richard lo buscó con la mirada.

—Guardado en el garaje de la casa, supongo.

—Ya.

—Iremos en el mío, ¿no?

—Sí, claro. No es que no me encuentre con fuerzas para conducir, sino que no sabría qué dirección tomar. Todo cuanto mis ojos ven, me resulta absolutamente desconocido...

—Ya me pareció a mí que me mirabas de un modo raro cuando entré en tu habitación. Como si no me hubieses visto nunca.

—En realidad, así era. Si Ángela no me hubiera hablado de ti, no hubiese sabido quién eras.

—Lo comprendo.

Se acomodaron en el «Ferrari», Elizabeth al volante. La joven puso el motor en marcha y el flamante deportivo arrancó.

Recorrieron unos cientos de metros en silencio.

De pronto, Elizabeth dijo:

—Tu esposa me odia, ¿verdad, Richard?

—¿Odiarte?

—Sí, lo noté en su mirada y en su forma de hablarme. Y, la verdad, no creo que tenga motivo. No fui yo quien le birló el novio a ella, sino ella a mí.

Richard carraspeó embarazosamente.

—Lo siento, Elizabeth.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haberte dejado para casarme con Ángela. No sé cómo pude...

—Conociste a Ángela y te gustó más que yo, eso es todo.

—Fue una cochinado.

Elizabeth Colman sonrió.

—Muy correcto no fue, desde luego.

—Ahora debes odiarme, ¿verdad, Elizabeth?

—Te equivocas.

—¿No me odias?

—No.

—Debes ser una santa, porque de otro modo no se comprende.

—No, no soy una santa, Richard. Si no te odio, es porque no me dolió que me dejaras, sino todo lo contrario.

Richard abrió la boca, porque aquello era lo último que esperaba

oír.

—¿Quieres decir que te alegró que yo...?

—Sí, me puse muy contenta.

—¿Por qué? ¿Es que no me querías...?

—No, no te quería, Richard. Te apreciaba mucho, eso sí, y te tenía un gran afecto, pero amor, lo que se dice amor..., jamás lo sentí por ti.

—Pero, tú ibas a casarte conmigo...

—Sí.

—¿Sin estar enamorada de mí...?

—Tu padre y el mío eran amigos, Richard. A los dos les encantaba la idea de que tú y yo nos uniésemos algún día en matrimonio. En realidad, todo fue cosa de ellos. Ya me vi un poco forzada a aceptarte, y creo que a ti te ocurrió lo mismo. Prueba de ello es que después te enamoraste de Ángela y rompiste nuestro compromiso. Si me hubieses querido de verdad, no me habrías dejado.

Si yo me hubiera tropezado con el hombre de mi vida, estoy segura de que hubiese actuado igual que tú. Pero, como no me tropecé con él...

—Empiezo a entender. Tú ibas a casarte conmigo sólo porque nuestra boda complacía enormemente a tu padre y al mío.

—Exacto.

—Qué gran sacrificio...

—Bueno, tampoco hay que exagerar. Como ya te he dicho antes, yo te apreciaba y te tenía mucho afecto... Eres un buen tipo, Richard, y seguramente hubiera acabado sintiendo amor por ti.

—O no. Y entonces...

—Entonces no hubiese sido feliz a tu lado, aunque tampoco demasiado desgraciada. Vivir con un hombre como tú, no puede suponer un calvario para ninguna mujer. Pero, indudablemente, es mejor que exista amor verdadero entre un matrimonio. Mucho mejor. Por eso me alegró que rompieras conmigo y te casaras con Ángela, aunque me guardé mucho de confesárselo a mi padre o al tuyo. Su disgusto hubiese sido aún mayor. Especialmente, el del tuyo.

—Sí, supongo que sí.

—Tu padre era una gran persona, Richard.

—Mi boda con Ángela debió dolerle mucho, ¿verdad?

—Sí, fue un golpe muy duro para él.

—Ángela dijo que incluso era posible que me desheredara, por haberme casado con ella.

Elizabeth sonrió.

—Si hubiera conocido bien a tu padre, no hubiese dicho eso. Tu padre te quería con locura, Richard. Toda su fortuna será para ti. Lo es, ya, desde esta tarde. En su testamento no nombró más heredero que tú.

Richard Waddell suspiró.

—Todo esto es muy triste para mí, Elizabeth. —Me hago cargo.

—No, no creo que lo comprendas. Mi padre ha muerto, asesinado, pero como yo no consigo recordar nada por mí mismo, no puedo sentir la pena y el dolor que sin duda sentiría de no haberme caído por la escalera esta mañana. En estos momentos me siento vacío, como si... ¡Cuidado, Elizabeth! —gritó de pronto Richard.

Elizabeth Colman efectuó un brusco viraje, único modo de evitar la colisión con el coche que había aparecido súbitamente, cruzado en plena carretera, al tomar la última curva.

El «Ferrari» se salió de la carretera y se adentró por entre los árboles, hasta que la joven pudo detenerlo.

Richard sacó la cabeza por la ventanilla, porque oía correr a alguien.

Eran tres hombres, altos y fornidos.

Dos de ellos empuñaban sendas pistolas automáticas, provistas de tubo silenciador.

El tercero, una moderna metralleta.

Los tres llevaban el rostro cubierto con pasamontañas. Y los tres corrían hacia el «Ferrari»...

CAPÍTULO VIII

—¡Pon el coche en marcha, Elizabeth, rápido! —gritó Richard Waddell.

Elizabeth Colman, que también había descubierto ya a los tres hombres enmascarados y armados que corrían hacia el «Ferrari», no se hizo repetir la orden.

El poderoso motor rugió como una bestia salvaje herida de muerte y el deportivo brincó hacia adelante.

El tipo de la metralleta, al ver que el coche arrancaba, soltó una ráfaga, tornando como blanco las ruedas traseras del «Ferrari».

Los neumáticos estallaron y Elizabeth perdió el control del automóvil, el cual se estrelló contra un árbol, aunque no con excesiva violencia.

Los tres enmascarados alcanzaron el coche y lo rodearon.

Elizabeth Colman estaba echada sobre el volante, inmóvil, y tenía los ojos cerrados.

Richard Waddell también parecía inconsciente.

—Le había caído el sombrero, y el vendaje quedaba visible.

—Los dos han perdido el sentido —dijo uno de los tipos que portaban pistola, con voz de serrucho en plena acción.

—Mejor para nosotros —rezongó el otro individuo que esgrimía pistola, que tenía los ojos negros y brillantes.

—¡Sacadlos de ahí, rápido! —ordenó el fulano de la metralleta.

Los tipos guardaron sus pistolas y abrieron las portezuelas del «Ferrari».

Uno de ellos, el de la voz de serrucho, elevó el cuerpo inanimado de Elizabeth con facilidad y se lo echó sobre el hombro izquierdo.

El otro, el de los ojos negros y brillantes, intentó hacer lo mismo con Richard.

Era más difícil, porque Richard pesaba mucho más que

Elizabeth.

El tipo se vio obligado a agacharse mucho.

Fue entonces cuando Richard Waddell entró en acción.

Sí.

No se hallaba inconsciente.

Había fingido estarlo porque creyó que era lo más conveniente, teniendo en cuenta que los tipos eran tres e iban armados.

Sin contar con el factor sorpresa, no podía intentar nada con algunas posibilidades de éxito.

Bueno, no es que ahora tuviera muchas, pero, al menos, dos de los tipos ya no empuñaban arma alguna.

Ya era algo, ¿no?

Richard se dijo que bastante, y por eso disparó de pronto la rodilla derecha. Contra la cara del tipo que se había agachado mucho para cargar con él.

Pobre cara...

No se vio el destrozo facial, por culpa del pasamontañas, pero debió ser escalofriante, a juzgar por el crujido de huesos y por el espantoso alarido de dolor que lanzó el individuo, al tiempo que caía violentamente de espaldas.

Se retorció en el suelo como una serpiente a la que hubiesen dejado caer de pronto sobre un montón de brasas.

Pero Richard no se entretuvo viendo cómo el fulano se revolcaba por el suelo entre chillidos.

Aún quedaban otros dos.

Y uno de ellos seguía empuñando su metralleta.

Sobre éste saltó Richard, con asombrosa agilidad.

Evidentemente, las varias horas de reposo absoluto, más los nutritivos alimentos ingeridos un rato antes, habían devuelto a su cuerpo la energía y el vigor habituales.

Si no totalmente, en un elevado porcentaje.

El tipo de la metralleta, sorprendido por la inesperada acción de Richard, no pudo reaccionar a tiempo, y cuando quiso hacerlo, ya Richard caía sobre él con arrollador ímpetu y le derribaba aparatosamente, haciéndole perder la metralleta.

El individuo escupió una maldición y trató de ponerse en pie.

Richard no se lo permitió.

Disparó de nuevo la pierna derecha, desde el suelo, y hundió la

punta de su zapato en la boca del fulano.

Pobre boca...

De ella empezaron a caer dientes y un torrente de sangre, mientras el tipo aullaba y se retorció como si le estuviesen descuartizando vivo.

Ya eran dos, pues, los que chillaban como locos y se revolcaban por el suelo, Pero quedaba otro.

El que cargaba con Elizabeth.

El tipo estaba perplejo por la facilidad con que Richard se había desembarazado de sus dos compañeros.

Richard se puso en pie de un salto y corrió hacia el individuo.

Como si quisiera merendárselo.

El tipo dejó caer a Elizabeth, sin miramientos de ninguna clase, y echó mano de su pistola.

—¡Alto! —rugió, apuntando a aquella especie de ciclón desatado que en aquellos momentos era Richard.

Pero ¿quién detiene a un ciclón?

¿Y con qué?

Un hombre, aunque empuñe una pistola, parece poca cosa.

Y así fue.

Richard cayó sobre el tipo de la voz de serrucho antes de que éste pudiera apretar el gatillo, y lo arrolló con la potencia de una locomotora.

Y de las de ahora, no de las de antes...

Los dos rodaron por el suelo, el enmascarado, sin la pistola.

La había perdido en la caída.

Richard se irguió antes.

Se disponía a saltar sobre el fulano, para darle jarabe de puño, cuando alguien relinchó:

—¡Quieto o te convierto en un colador!

Richard se volvió en el acto.

Vio al tipo de la metralleta, apuntándole con ella.

Y vio también en sus ojos, inyectados de sangre y rebosantes de odio, el deseo de matar.

Richard comprendió que había perdido la partida.

También perdió otra cosa.

El sentido.

El tipo de la voz de serrucho le privó de él, al propinarle un

fuerte golpe en la nuca con el cañón de su pistola, aprovechando que Richard se había desentendido de él para prestar atención al fulano de la metralleta.

Richard Waddell se desplomó como un pesado fardo y quedó inmóvil sobre la tierra, no lejos de la desvanecida Elizabeth Colman.

CAPÍTULO IX

Al volver en sí, Richard Waddell se encontró tirado en el suelo de una vieja y húmeda habitación, desprovista de muebles e iluminada por una simple bombilla que proyectaba una luz y mortecina.

Tenía una sola puerta y carecía de ventanas.

—¡Richard!

Era la voz de Elizabeth Colman.

Richard incorporó el torso y miró a la joven.

Estaba sentada en el suelo, a su lado, y tenía las manos atadas a la espalda. El también las tenía así.

Y los pies.

Ella, en cambio, los tenía libres.

—Elizabeth...

—¿Te encuentras bien, Richard? —preguntó la muchacha, pálida.

—Sí, estoy bien. ¿Y tú...?

—Algo magullada, pero nada más.

—Me alegro.

—¿Qué pasó, Richard...?

—Nos estrellamos contra un árbol. Tú quedaste inconsciente. Yo luché con los tipos, pero no pude con todos. Me propinaron un golpe en el cuello y perdí el sentido. Ya no sé más...

—Debemos estar en su guarida.

—Seguro.

—¿Qué querrán esos hombres, Richard? ¿Para qué nos habrán traído aquí?

—Lo ignoró, Elizabeth.

—Yo juraría que son los mismos que robaron y asesinaron a tu padre esta tarde.

—Sí, es posible.

Elizabeth Colman se estremeció.

—Me aterra estar en sus manos, Richard. Ya te conté lo que uno de ellos quiso hacer conmigo, delante de mi propio padre.

—No temas, Elizabeth. Ninguno de ellos te pondrá la mano encima.

—¿Cómo podremos impedirlo, si tenemos las manos atadas?

Richard no respondió.

Elizabeth tenía razón.

Con las manos atadas a la espalda, poco o nada podrían hacer él o ella para detener al tipo que intentase...

Richard tanteó la resistencia de la cuerda que sujetaba sus manos.

Era mucha.

Demasiada.

Pronto se lastimó dolorosamente las muñecas, y se vio obligado a desistir.

Elizabeth murmuró:

—No ceden las ligaduras, ¿verdad?

—No... Pero ya cederán, no desesperes —respondió Richard, para dar ánimos a la joven.

—Creo que se trata de un secuestro, Richard...

—Tal vez.

—Mi padre es rico, y tú también lo eres ahora, Richard.

—Sí.

—Pedirán un fuerte rescate por nosotros.

—Entonces, no tenemos por qué preocuparnos. Los tipos recibirán su dinero y nos dejarán en libertad.

—¿Tú crees que nos soltarán, Richard?

—¡Seguro! ¿Para qué nos quieren, una vez cobrado el escase?

—En algunos casos, los secuestradores matan a la persona secuestrada, una vez recibido el dinero del rescate... —observó Elizabeth.

—Eso sólo ocurre cuando el secuestrado ha visto las caras de sus secuestradores, pero ése no es nuestro caso. Los tipos llevan el rostro cubierto, nosotros jamás podríamos identificarles. No correrán ningún riesgo al dejarnos en libertad.

Las palabras de Richard parecieron tranquilizar un tanto a la hermosa muchacha.

—Elizabeth...

—¿Qué?

—¿Qué defectos me encuentras?

—¿Defectos...?

—Sí.

—Ninguno.

—No seas embustera.

—Yo no soy embustera, Richard.

—Algún defecto debo tener, cuando no logré que te enamoraras de mí.

—¿Cómo ibas a lograrlo, si ni siquiera lo intentaste?

—¿Que no lo intenté?

—No, nunca hiciste nada para conseguirlo. Me tratabas como a una hermana.

Richard agrandó los ojos.

—¿Como a una hermana...?

—Con más respeto aún, si cabe.

—¿Quieres decir que nunca...?

—¿Que nunca qué?

Richard carraspeó nerviosamente.

—Bueno, los nervios, ya se sabe...

—No, yo no sé nada, porque no he tenido más novio que tú, y tú pocas cosas me enseñaste.

Richard tosió.

—¿No... no te besé nunca. Elizabeth...?

—Oh, sí, muchas veces.

—¿Y...?

—Como si me besara mi padre.

—¡No!

—Lo que yo te diga.

—¿Y de caricias...?

—Nada.

—¿Nada...?

—Ni el codo llegaste a tocarme.

Richard sacudió la cabera con energía.

—Ése no era yo, Elizabeth.

—¿Cómo? —Parpadeó ella.

—Que ése no era yo.

La joven sonrió.

—No digas tonterías, Richard.

—No estoy diciendo tonterías, Elizabeth. Yo soy besucón y tocón por naturaleza, y si en alguna ocasión me hubiera visto a solas contigo, y siendo novios, además, estoy seguro de que hubieras tenido que pararme los pies. Las manos, quiero decir.

—Ojalá... —suspiró ella.

—¿Cómo dices?

—No, eso. Que nunca tuve necesidad de pararte nada, porque yo jamás logré encender la llama del deseo en ti. —Eso no es posible.

—Te aseguro que sí.

—Y yo te repito que...

—Sí, que eres un besucón y un tocón, pero lo serás con Ángela, porque ella te gusta, pero no lo fuiste conmigo. ¿Y por qué? La respuesta es simple, Richard: porque yo no te gustaba.

—Ya has dicho otra tontería.

—Es la verdad.

—Tú me gustas mucho más que Ángela.

—¡Richard! —Respingó Elizabeth.

—¿Qué?

—¡Que Ángela es tu mujer!

—Quizá no lo sea.

—¿Eh...?

—Yo sé lo que me digo.

—Tú, tal vez, pero yo...

—¿Me dejas que te dé un beso, Elizabeth?

La joven respingó de nuevo.

—¡Richard!

—Por favor.

Elizabeth movió la cabeza.

—No, no quiero que me beses. Tú estás casado y...

—Es posible que no lo esté.

—¡No entiendo nada, Richard!

—Luego te lo explicaré. Si la prueba del beso da resultado, claro. Si no lo da, mejor es que no te hable de las dudas que me han estado atormentando desde que recobré el sentido esta mañana.

—¿Dudas...?

—Sí.

—¿Qué clase de dudas, Richard...?

—He dicho que luego te lo explicaré, si la prueba resulta.

—El beso...

—Sí.

—Está bien, puedes besarme —accedió Elizabeth, cerrando los ojos y redondeando los labios.

Richard, la besó.

¡Y cómo la besó!

Fue tal el ardor y la pasión de la caricia, que Elizabeth fue cayendo lentamente hacia atrás y acabó tendida de espaldas en el suelo, sin que los labios de Richard se separasen ni un segundo de los de ella.

Y el beso continuó en aquella postura.

Sin perder un ápice de fogosidad.

Elizabeth sintió tantas cosas a la vez, que no supo exactamente lo que sentía.

Placer...

Excitación...

Deseo...

Sí hubiera tenido las manos libres, hubiera estrechado fuertemente contra sí a Richard, pero como las tenía atadas, hubo de conformarse con devolver el largo y profundo beso.

Y lo hizo con muchas ganas, también.

Cuando Richard separó sus labios de los de ella, que fue casi al día siguiente, la miró a los ojos y preguntó:

—¿Sigues creyendo que soy Richard Waddell, tu exnovio, Elizabeth...?

CAPÍTULO X

Elizabeth Colman parecía de lo más desconcertada.

—Antes no besabas así, Richard... —murmuró.

—Yo siempre he besado así, Elizabeth —aseguró Richard Waddell.

—A mí, no.

—A todas las mujeres que me gustan. Y tú me gustas una barbaridad.

—Sigo sin entender nada, Richard.

—Tendrás que dejar de llamarme Richard.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy Richard Waddell.

—¿Qué...? —Pestañeó Elizabeth.

Richard —continuaremos llamándole así— se irguió.

—Levántate, Elizabeth. Voy a hablarte de esas dudas que tengo. Que tenía, más bien, porque ya se han disipado por completo.

La joven se incorporó.

Richard habló durante casi quince minutos.

Elizabeth escuchó atentamente, sin apenas pestañear, y cada vez con mayor asombro.

—Ya lo sabes todo, Elizabeth —concluyó Richard.

—Me resulta difícil creerte, Rich... Perdón, ¿cómo debo llamarte?

—De momento, Richard II, Cuando consiga recordar quién diablos soy yo, ya te lo diré.

—Es una historia demasiado fantástica, Richard II...

—Pero es real. Yo no soy Richard Waddell, Me metieron en esto porque mi parecido físico con él debe ser tan extraordinario, que ni siquiera tú, su exnovia, te diste cuenta de la suplantación. Pero nuestro carácter, por lo que veo, es muy distinto. Y nuestros gustos. Yo jamás le hubiera dejado a ti para casarme con Ángela, porque tú

me gustas más que cien Ángelas juntas.

—Si tú no eres Richard Waddell..., ¿dónde está él?

—¿Cómo voy a saberlo? Como tampoco sé por qué quieren hacerme pasar por él.

Aunque la muerte de Gary Waddell...

—Continúa, Richard —rogó Elizabeth.

—II... —recordó él.

—Continúa, Richard II —sonrió la joven.

—Bien, empiezo a sospechar que la fortuna de Gary Waddell es la causa de todo. Richard es su único heredero. O era...

—¿Era...?

—Es posible que Richard esté muerto, Elizabeth.

—¡Oh, no! —gimió ella.

—Eso explicaría lo de la suplantación. Y también el asesinato de Gary Waddell. Richard era su heredero, pero supongamos que Richard falleció. Como Gary Waddell no aprobó el matrimonio de Richard con Ángela, es lógico pensar que a ella no le dejaría un céntimo a su muerte. ¿Me vas siguiendo, Elizabeth?

—Lo intento, al menos...

—Bien. Supongamos que Ángela se casó realmente con Richard por su dinero. Por el de su padre, que viene a ser lo mismo. Al morir Richard, Ángela comprendió que su plan se había ido al traste, pues la fortuna de Gary Waddell no sería para ella. Entonces, ideó otro plan: ocultar el cadáver de Richard, para que no se descubriese que había muerto, y suplantarle con alguien que se pareciese mucho a él. Tanto, que no se pudiese descubrir la suplantación. Cómo dieron conmigo, eso no lo sé; pero el caso es que dieron, me borraron la memoria, me propinaron un buen golpe en la cabeza, para justificar mi amnesia, y me hicieron creer que yo era Richard Waddell.

Logrado esto, el segundo paso era asesinar a Gary Waddell.

—¡Richard! —exclamó la joven.

—Sí, Elizabeth. Los tipos del rostro cubierto con pasamontañas fueron a casa de Gary Waddell a asesinarle. Dijeron que era un atraco, y se llevaron el poco dinero que había en la caja fuerte, para despistar a la policía. Tuvieron suerte, además, pues no le pillaron solo. Tú y tu padre estabais con él. Dos testigos de que uno de los atracadores disparó sobre Gary Waddell en defensa propia, pues

éste había empuñado su revólver.

—Dios mío...

—Muerto Gary Waddell, yo, su falso hijo, heredaría su fortuna. La última fase de este diabólico plan, debía ser mi muerte. Y, muerto yo, la fortuna sería para Ángela, que era lo que ella siempre ambicionó.

—¿Y lo de nuestro secuestro...?

—Eso no formaba parte del plan, desde luego. Tu inesperada visita, y mi empeño en acudir junto al cadáver de mi supuesto padre, acompañado por ti, obligaron a Ángela a esto. Sin duda, temía que tú pudieras descubrir que yo no era el auténtico Richard Waddell, y que todo se fuera al traste de nuevo. Avisó a sus amigos de lo que ocurría, mientras yo me vestía, y éstos nos esperaron en la carretera.

—¿Y qué va a pasar ahora? Porque lo de pedir un fuerte rescate por nosotros, ya no parece...

—Sí, es posible que lo hagan, para justificar el secuestro y seguir manteniendo despistada a la policía. Lo que ya no parece probable, es que...

—Que nos dejen en libertad, ¿verdad?

El silencio de Richard II fue harto significativo.

—Comprendo, Richard.

—II...

—Lo siento, pero no me acostumbro a llamarte Richard II.

—A mí también me suena raro, ésa es la verdad.

Elizabeth Se mordió los labios.

—Van a matarnos, Richard...

—Haremos lo posible por impedirlo.

—¿Qué podemos hacer, con las manos atadas?

—Tenemos dientes, ¿no?

—No podemos defendernos a dentelladas, Richard.

—¿Quién habla de defenderse a dentelladas? Yo pienso utilizar los míos para otra cosa.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Morder las ligaduras que sujetan tus manos, hasta soltarlas. Y, cuando tú estés libre, me soltarás a mí.

—No será fácil, Richard...

—Yo no he dicho que sea fácil. Pero afirmo que es posible.

—Si tú lo crees, yo también —sonrió Elizabeth, esperanzada.

—Vamos, ponte de rodillas, de espaldas a mí —indicó Richard.

La joven se apresuró a obedecer.

Richard acercó su boca a las ligaduras que maniataban a la muchacha y comenzó a morderlas con saña. —¡Ay!— gritó ella.

Richard dejó de morder la cuerda.

—¿Qué pasa, Elizabeth? ¿Por qué gritas?

—Me has mordido la mano, Richard... —explicó la joven, mirándole por encima del hombro.

—Lo siento, se me escapó un diente.

—Pues procura que no se te vuelva a escapar ninguno más. Los tienes muy afilados, ¿sabes?

Richard sonrió.

—No lo sabes tú bien.

—Claro que lo sé. ¿No te digo que acabas de morderme?

—La mano.

—Sí, la mano.

—También sé morder otras cosas.

—¿Tienes complejo de perro?

—No.

—Entonces, no me explico tu afición a morder cosas.

—Espero tener la oportunidad de explicártelo...

—Yo sólo espero salir de aquí. Con vida, claro.

—Saldremos, no lo dudes.

—Venga, sigue mordiendo. Pero sólo las ligaduras, ¿eh?

—Descuida, que no te cercenaré ningún dedo.

—No pensaba yo en mis dedos, en este momento.

—No temas, también tus mejillas traseras están a salvo.

—¡Atrevido!

Richard rió y reanudó su tarea, procurando no lastimar a la muchacha.

Poco a poco, las ligaduras fueron cediendo, hasta quedar tan Hojas que Elizabeth pudo sacar las manos.

—¡Lo conseguiste, «Rintintín»! —exclamó la joven, volviéndose.

Richard la miró ceñudamente.

—¿Por qué me llamas «Rintintín»? Ya te dije que no tengo complejo de perro.

—Pero admitiste que te gusta morder cosas.

—Sí, pero no las mismas que a los perros. A ellos les encantan los huesos, mientras que a mí...

—No es necesario que lo digas, ya me lo imagino —le interrumpió Elizabeth, sonriendo deliciosamente, Richard también sonrió.

—Anda, suéltame.

—¿No será peligroso...? —bromeó ella.

—¿Peligroso?

—No quisiera que saltases sobre mí y me despedazases a dentelladas...

—No es el momento, Elizabeth.

La joven se situó detrás de él y procedió a soltarle las ligaduras que sujetaban sus manos.

En ello estaba, cuando de pronto se escucharon pasos.

Elizabeth respingó nerviosamente.

—¡Alguien se acerca, Richard!

Éste masculló una imprecación, pues aún distaba mucho de tener las manos libres.

—¿Qué hago, Richard...?

—¡Siéntate en el suelo, rápido, y ponte las manos a la espalda, como si continuases atada!

La joven obedeció.

—¡La cuerda Elizabeth! —advirtió Richard.

—¡Oh! —exclamó ella, cogiéndola con rapidez.

La ocultó tras su espalda.

Se oyó descorrer un pesado cerrojo y la puerta se abrió, dando paso a uno de los enmascarados, pistola en mano.

Elizabeth sintió un escalofrío porque era el tipo de los ojos negros y brillantes, el que le metió la mano por entre las piernas y luego la tiró violentamente al suelo, furioso por la resistencia que ella le ofrecía.

El individuo cerró la puerta y se quedó junto a ella, observándoles.

A Elizabeth, con sucio deseo.

A Richard, con odio.

Debía ser por lo del rodillazo a la cara.

—Ya habéis despertado, ¿eh? —masculló el tipo, jugueteando con la pistola.

Richard y Elizabeth continuaron callados.

—Tú me debes algo. Waddell —dijo el fulano, tocándose el pasamontañas con la mano izquierda.

Richard no respondió.

—Fue un buen golpe, y pienso cobrármelo con creces —anunció el individuo.

—Sin darme oportunidad de defenderme, supongo —repuso Richard.

—Supones bien —rió el tipo.

—Qué valiente —espetó Richard.

—Sería estúpido exponerse a recibir algún golpe, ¿no crees?

—Claro. Duele menos darlos que recibirlos.

—Eso pienso yo.

Richard guardó silencio de nuevo.

El enmascarado miró a Elizabeth.

—Tú también me debes algo, muñeca.

La joven notó un fallo cardíaco.

—Yo... yo no le debo nada —tartamudeó.

—Oh, sí, ya lo creo que me debes. En el despacho de Gary Waddell no pude, obtener casi nada de ti. Para mí, eso es una deuda. Y voy a cobrármela ahora...

—¡No! —chilló Elizabeth.

El tipo se guardó la pistola y avanzó lentamente hacia la aterrorizada muchacha.

—¡Quieto! —rugió Richard.

El fulano lanzó una carcajada.

—¿Por qué no pruebas tú a pararme, Waddell...?

—¡Si tuviera una sola mano libre, te...!

—Pero no la tienes, Waddell, ése es el problema. No puedes hacer nada. Sólo mirar. Si te gusta lo que ves, claro. Si no, cierras los ojos y en paz.

—¡No te atrevas a tocarla con tus asquerosas manos, cerdo!

El tipo volvió a reír.

—Ya la toqué una vez, y no fue tan desagradable. ¿Verdad que no, primor...?

—¡Rata inmunda...!

El individuo, que ya estaba delante de Elizabeth, le soltó un duro revés a Richard y lo tiró de espaldas.

—¡Mejor será que te calles, Waddell! —advirtió.

—¡Eres un canalla! —rugió Richard, sangrando ligeramente por la comisura de la boca. El tipo pareció que iba a golpearle de nuevo, pero en el último instante se contuvo y masculló:

—Está bien, habla cuánto quieras mientras me divierto con la chica. Luego me ocuparé de ti.

Se arrojó sobre Elizabeth, la obligó a tenderse en el suelo y se dispuso a arrancarle el vestido.

La joven sacó de pronto las manos de debajo de su cuerpo y clavó sus uñas en el rostro del miserable.

El pasamontañas impidió que las largas y afiladas uñas de Elizabeth llegasen a la carne, pero como el rostro del tipo estaba muy dolorido por el tremendo rodillazo que le propinara Richard, la acción de la muchacha le hizo gritar y llevarse las manos a la cara. Richard se dijo que no debía desaprovechar aquella oportunidad y, tras encoger ambas piernas, las disparó con todas sus fuerzas contra la cabeza del tipo. El golpe, durísimo, derribó al individuo, quien quedó aturdido en el suelo...

Richard se arrastró rápidamente hacia él, levantó los pies, y los dejó caer sobre la cabeza del enmascarado.

Este segundo golpe privó por completo del sentido al tipo, quien ya no se movió.

—¡De prisa, Elizabeth, suéltame las manos! —indicó Richard—. ¡Los otros dos tipos pueden aparecer de un momento a otro!

CAPÍTULO XI

Elizabeth Colman se apresuró a obedecer.

Richard miraba la puerta, temiendo que ésta se abriera de pronto y aparecieran el fulano de la metralleta y el otro.

—¡Ya está, Richard!

—¡La pistola del tipo, rápido! —indicó Richard, mientras procedía a desatarse los pies.

Elizabeth se aproximó al individuo de los ojos negros y brillantes, con evidente temor.

—¡No puede hacerte nada, Elizabeth! ¡Está inconsciente! —la tranquilizó Richard.

La joven se apoderó del arma del tipo.

Richard acabó de desatarse los pies y se levantó de un salto.

—¡Dame la pistola!

Elizabeth se la entregó.

Richard la empuñó con la derecha y con la izquierda tomó la temblorosa mano de la muchacha.

—Vamos, Elizabeth. Tenemos que salir de aquí.

—Sí...

Richard tiró de la joven.

Alcanzaron la puerta.

Richard la abrió, cautelosamente, y asomó la cabeza por el hueco.

En el corto corredor, tan débilmente iluminado como la habitación que ellos se aprestaban a dejar, no había nadie.

Donde acababa el corredor, había una escalera, con unos diez peldaños y sin baranda. En lo alto de ella, se veía una puerta entornada, y por la grieta se filtraba luz.

Richard y Elizabeth salieron de la habitación, cuyo cerrojo echó el primero.

Si el puerco que había intentado abusar de Elizabeth se

despertaba, tendrían muchos problemas para salir de allí.

Richard rogó:

—No hables, Elizabeth. Y no hagas ningún ruido.

Caminaron hacia la escalera y subieron por ella, con gran sigilo.

Oyeron voces.

Richard reconoció la del tipo de la metralleta.

Y la del fulano que le dejó a él sin sentido.

Pero había una tercera voz, que tampoco resultó desconocida para Richard.

Era la voz del doctor Ackerman.

También él, como Richard sospechara, formaba parte de la pandilla.

Ya estaban en lo alto de la escalera.

Richard miró por la rendija de la puerta.

Vio a los tres hombres, sentados en torno a una mesa.

El doctor Ackerman, en efecto, era uno de ellos.

El tipo que se hallaba a su derecha tenía una boca que daba escalofríos. Era el de la metralleta, el que recibió una patada de Richard en plena boca.

A la izquierda de Ackerman, estaba el tipo cuya voz recordaba bastante a un serrucho en plena acción.

Richard pudo verles las caras a los dos, pues no llevaban puesto el pasamontañas.

Sobre la mesa, descansaba la metralleta.

Muy al alcance del individuo de la boca destrozada.

Richard se volvió hacia Elizabeth Colman y, en tono muy bajo, dijo:

—Voy a salir, Elizabeth. Les apuntaré con la pistola y les ordenaré que levanten las manos. Es posible que me obedezcan, pero también es posible que no. Por si no tengo más remedio que disparar, quiero que te quedes aquí, agazapada en la escalera. Estarás a cubierto de las balas —ten mucho cuidado, Richard— suplicó.

—Lo tendré, no te preocupes —prometió él.

—Suerte.

—¿No sabes deseármela de otra manera? —sonrió Richard.

Elizabeth le besó en los labios, con suavidad.

—¿Está mejor así? —preguntó después.

—Mucho mejor —respondió Richard, y ahora fue él quien la besó.

Luego, esperó a que la joven se agazapase en la escalera y entonces abrió la puerta de golpe y saltó al interior de la estancia, ordenando:

—¡Todo el mundo quieto o le doy al gatillo!

El estupor quedó plasmado en los rostros de los tres hombres.

—¿Cómo diablos? —balbuceó el doctor Ackerman.

—¡Las manos sobre la cabeza, rápido! —Siguió, ordenando Richard.

Ackerman se dio mucha prisa en hacer lo que se le decía.

Los otros dos tipos, no.

Ellos no estaban dispuestos a rendirse tan fácilmente.

Cambiaron una mirada entre sí y un segundo después entraban en acción los dos, esperando sorprender a Richard.

El de la boca machacada atrapó velozmente la metralleta y se arrojó al suelo.

El otro también se tiró, al tiempo que extraía su pistola.

Richard comprendió que él debía imitar a los tipos.

Si se quedaba de pie, sería un blanco demasiado fácil, así que se arrojó de bruces, buscando la protección de una deteriorada butaca, y desde allí abrió fuego contra el tipo de la metralleta, pues éste suponía el mayor peligro para él, por la clase de arma que empuñaba.

Richard apretó el gatillo dos veces.

Como la distancia era más bien corta, no falló ninguno de los disparos.

Cuando el individuo de la metralleta soltaba la primera ráfaga, ya tenía dos plomos en el cuerpo, quemándole las entrañas, y ésta fue la causa de que las balas fuesen todas hacia el techo.

El estruendo de los disparos no logró ahogar el aullido de muerte que brotó de la garganta del tipo.

Richard volvió rápidamente su arma hacia el otro fulano.

Éste ya tenía la pistola en la mano y accionó el gatillo.

Richard se escondió tras la vieja butaca y asomó el arma por el otro lado de la misma.

Disparó sobre el individuo.

Tres veces.

Casi sin apuntar.

Sin embargo, alguna de las balas debió alcanzarle, pues el tipo lanzó un alarido desgarrador y cayó de bruces, soltando la pistola.

Richard se irguió lentamente.

Bajo el cuerpo del tipo de la voz de serrucho se estaba formando un charco de sangre muy roja. El otro, el de la metralleta, yacía boca arriba, y tenía el pecho cubierto de sangre.

El doctor Ackerman, que también se había arrojado al suelo apenas iniciarse el tiroteo, levantó la cabeza y miró a Richard, con la cara más blanca que la barriga de un pingüino.

Richard le apuntó con su arma y ordenó.

—Arriba.

Ackerman se puso en pie, aunque le costó mantenerse así, pues le temblaban mucho las piernas.

—Puedes salir, Elizabeth —indicó Richard.

La joven se dejó ver, con el miedo metido en el cuerpo todavía.

—Richard... —musitó, observando los cuerpos ensangrentados de los dos tipos que yacían desmadejados en el suelo.

—Acércate, Elizabeth. Y no tengas miedo. Ya no corremos ningún peligro.

La pálida muchacha se aproximó a él y se cogió de su brazo.

—Qué horror, Richard... —Cerró los ojos un instante.

—Se trataba de sus vidas o las nuestras, Elizabeth. Yo hubiera preferido no tener que disparar, pero ellos...

—Lo sé.

Richard miró duramente al aterrado doctor Ackerman.

—Empiece a soltar por esa boca, Ackerman.

—¿Qué?

—Quiero saber toda la verdad. ¿Por qué trataron de hacerme creer que soy Richard Waddell?

Ackerman respingó.

—¿Sabe ya que...?

—Claro que lo sé. Elizabeth me ayudó a descubrir que yo no soy Richard Waddell. Y usted, Ackerman, va a decirme cuál es mi verdadero nombre, y por qué me metieron en esto. Tiene cinco segundos para empezar a desembuchar.

El doctor Ackerman no esperó a que transcurriera el cortísimo plazo.

—Se lo contaré todo, Alec —respondió nerviosamente.

—¿Alec?... —Respingó el falso Richard, porque aquel nombre sí le resultaba familiar.

—Sí, ése es su verdadero nombre, Alec Dubbins.

—Dubbins...

—Todo empezó una noche, en Nueva York, la ciudad donde vive usted... Yo había ido allí a visitar a un amigo, médico, como yo, pero él había salido de la ciudad, y no regresaría hasta el día siguiente. Con el fin de evitarme otro viaje, decidí quedarme aquella noche en Nueva York. Después de cenar salí del hotel con el propósito de divertirme un poco. Ya sabe... Fui al Garden's

Club. Apenas entrar en él, le vi a usted, acompañado de una escultural pelirroja. Yo le tomé por Richard Waddell, el marido de Ángela, pues son ustedes como dos gotas de agua.

Incluso tienen el mismo timbre de voz.

—Continúe, Ackerman.

El doctor Ackerman se humedeció los resecos labios con la lengua y prosiguió:

—Yo conocía a Ángela Brain desde hacía algún tiempo... Ésa fue la razón de que decidiera seguirle a usted cuando saliera del club, para ver adónde iba. Así lo hice. Usted y la pelirroja subieron a un coche. Minutos después, se detenían frente a un edificio de apartamentos. Subieron a uno de ellos. El 208, concretamente. Allí vive usted, Alec. Yo regresé al hotel y telefoneé a Ángela, para informarle de que su marido estaba pasando la noche con otra mujer. Imagínese mi sorpresa cuando ella me dijo, riendo, que eso no era posible, pues su marido estaba en casa, junto a ella. No tuve más remedio que admitir que me había confundido.

—¿Qué pasó después?

—Unos días más tarde, ayer, concretamente, ocurrió la tragedia. Ángela recibió la visita de ese hombre. George Forrest. —Ackerman señaló al tipo de la metralleta—. Habían mantenido relaciones íntimas tiempo atrás. George quiso reanudar dichas relaciones, pero Ángela se opuso, alegando que ahora estaba casada y no quería problemas. George, un tipo muy violento, intentó forzar a Ángela. Estaba a punto de conseguirlo, cuando apareció Richard Waddell. Quiso atacar a George, y éste, ni corto ni perezoso, extrajo una

pistola y le alojó dos plomos en el pecho. Richard Waddell murió en el acto.

—Dios mío... —sollozó Elizabeth Colman, apretando el brazo de Alec Dubbins.

—Siga, Ackerman —exigió Alec.

—George quiso liquidar también a Ángela y a Carolina, la doncella, para no dejar testigos de su crimen, pero Ángela, que es una mujer muy astuta e inteligente, confesó a George que ella no quería a Richard, que se había casado con él por su dinero, y que si sentía su muerte era porque ahora ya no podría hacerse con la fortuna de su padre. Aunque todavía quedaba una posibilidad, y si él le ayudaba, conseguirían la fortuna de Gary Waddell. George, interesado, rogó que le expusiera el asunto. Entonces Ángela le habló de que en Nueva York existía un tipo cuyo físico era sorprendentemente idéntico al de Richard. Lo secuestrarían, le harían creer que era Richard Waddell, con mi ayuda, y luego asesinarían a Gary Waddell, simulando un atraco, para desorientar a la policía.

—Y George aceptó...

—Sí, él se encargaría de todo, con la ayuda de un par de amigos. No podía negarse, Ángela le ofreció mucho dinero. También a mí me ofreció una suma fabulosa, por tomar parte en el asunto. Mi misión fundamental era provocarle a usted, una vez secuestrado, una amnesia absoluta. Y, más tarde, provocarle un fallo cardíaco y certificar su muerte. Al no haber nada sospechoso en la muerte del falso Richard Waddell, la policía no intervendría, y Ángela percibiría la herencia que pocos días antes percibiera usted, su falso esposo, al morir Gary Waddell.

—Lo que yo me suponía... —masculó Alec.

—Anoche mismo, y tras ocultar el cadáver de Richard Waddell, George, sus dos amigos, y yo, fuimos a Nueva York y le secuestramos. Resultó sencillo, pues George le atizó duro en la cabeza con una barra de plomo, antes de que usted llegara siquiera a vernos, y lo dejó sin sentido. Seguidamente, yo le inyecté la sustancia que le privó por completo de la memoria, y lo trajimos a Boston, a casa de Richard Waddell, lo desnudamos, le pusimos un pijama de Richard, y lo metimos en la cama, ocultando a continuación toda su ropa y sus efectos personales. Carolina, la

doncella, se encargó de eso. Ella también está metida en el ajo, por la misma razón que todos: el dinero. Todo iba saliendo bien, hasta que llegó Elizabeth Colman... —Ackerman miró a la muchacha.

—Yo no me di cuenta de la suplantación —dijo Elizabeth.

—No, pero Alec se empeñó en acudir junto al cadáver de Gary Waddell, acompañado de usted, y eso era muy peligroso para todos nosotros.

—Por eso decidieron secuestrarnos... —rezongó Alec.

—Sí. Pediríamos un fuerte rescate por ustedes, y luego...

—Nos matarían a los dos.

El silencio del doctor Ackerman fue muy significativo. —¿Hay teléfono en este caserón?— interrogó Alec.

—Sí, allí —indicó Ackerman.

—Vamos, Elizabeth. Usted también, Ackerman.

Caminaron los tres hacia el teléfono y Alec Dubbins llamó a la policía.

EPÍLOGO

Una hora después, la policía había detenido a Ángela Brain, Carolina, el doctor Ackerman, y el tipo de los ojos negros y brillantes, el cual seguía inconsciente.

También se hizo cargo de los cadáveres de George Forrest y el tipo de la voz de serrucho.

Los detenidos revelaron el lugar en donde George y sus amigos habían ocultado el cadáver del infortunado Richard Waddell.

El doctor Ackerman aseguró que Alec Dubbins recobraría la memoria aquella misma noche, pues la sustancia que él le suministrara la noche anterior, dejaba de causar efecto pasadas veinticuatro horas, y si no se suministraba otra dosis, la amnesia empezaba a desaparecer.

Alec empezó a recordarlo todo estando ya en casa de Elizabeth Colman, junto a ésta y su padre, a quien Alec y Elizabeth informaron de todo.

Alec Dubbins era agente de seguros, contaba veintisiete años, y no tenía novia.

La atractiva pelirroja con la que le viera el doctor Ackerman, unos días atrás, en el

Garden's

Club, era sólo una conquista.

No significaba nada para él.

La que sí empezaba a significar, y mucho, era Elizabeth Colman, aunque Alec no se atrevió a confesárselo a la joven.

Ella era una rica heredera, mientras que él...

Elizabeth debió advertir que algo le preocupaba, pues preguntó:

—¿Qué te sucede, Alec?

—¿A mí? —Respingó él.

—Pareces pensativo...

—Lo que estoy es cansado.

—Te acompañaré a tu habitación.

—Sí, por favor.

Elizabeth y Alec se pusieron en pie, siendo imitados por el padre de la joven.

—Buenas noches, señor Colman —dijo el agente de seguros.

—Que descanse, Alec —sonrió afectuosamente Paul Colman—. Y si necesita alguna cosa, no dude en llamar. Ya sabe que está usted en su casa.

—Gracias, señor Colman. Son ustedes muy amables.

—Es lo menos que podemos hacer por usted, ofrecerle nuestra hospitalidad.

—Vamos, Alec —sonrió Elizabeth, cogiéndole del brazo. Lo condujo a su habitación y le abrió la puerta.

Se miraron a los ojos.

—Hasta mañana, Elizabeth.

—¿No sabes dar las buenas noches de otra manera? —preguntó irónicamente ella.

Alec la besó en los labios, suavemente.

—Buenas noches, Elizabeth.

—¿Es todo lo que tienes que decirme? —Pareció desilusionarse la joven.

—¿Qué más puedo decirte?

—Lo que yo deseo oír.

—¿Y qué es lo que tú deseas oír?

—¿De veras no lo sabes?

—No, no lo sé.

—Embustero.

—Te aseguro que...

—Tú me quieres, Alec.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú.

—Yo sólo dije que me gustabas más que Ángela Brain.

—Más que cien Ángelas juntas —corrigió Elizabeth—. ¿Tantas...?

—¿Lo dijiste o no?

Alec carraspeó.

—Sí, lo dije.

—¿Es cierto o sólo fue un cumplido?

—Es cierto.

Elizabeth sonrió maravillosamente.

—¿A qué esperas para declararte, entonces?

—Me temo que no lo haré nunca, Elizabeth.

—Porque soy rica y tú no, ¿verdad? —Adivinó la joven—. Sí, ésa es la razón —confesó Alec.

—Entra —indicó Elizabeth, empujándole con ambas manos.

—¿Qué?

—¡Que entres!

Alec se vio dentro de la habitación.

Elizabeth entró también y cerró la puerta.

Con llave, además.

—Elizabeth...

—¿Qué?

—Si tu padre supiera que te has encerrado conmigo, en esta habitación...

—No diría nada.

—¿Seguro?

—Soy mayor de edad, te quiero, y dentro de muy pocos días seré tu esposa. ¿No son razones suficientes...? —Tu padre querrá algo mejor para ti, Elizabeth.

—Tú eres lo mejor para mí, Alec.

—¿Cómo puedes saberlo, si apenas nos conocemos?

—Lo supe en cuanto me besaste por primera vez, en aquella húmeda habitación.

—Sigo pensando que tu padre...

—¿Por qué no te olvidas de mi padre, y me prestas un poco de atención a mí?

Alec dio un paso hacia ella y la enlazó por el talle.

—Te la voy a prestar, Elizabeth. Y no un poco, sino toda.

—Es lo que estoy deseando, Alec —repuso amorosamente ella, colocando sus manos en la nuca de él.

Luego, entreabrió los labios.

Quería que Alec la besara como en la húmeda habitación.

Alec Dubbins la besó así, y Elizabeth Colman volvió a sentir muchas cosas.

Más todavía que entonces, porque Alec tenía ahora las manos libres, y ya le estaba demostrando que sabía cómo utilizarlas.

¡Vaya si lo sabía!

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

